

[Borrador] Min°. de Gobno. Fho

Ministerio de Gobierno.

Buenos-aires Junio 9 de/856.

Al Rector de la Univ.^{dad} Dor Don

Jose Barros Pazos

El inf^{to}. tiene orden de S.E. el Sr.Gobor. para remitir a V a los efectos consiguientes la adjunta copia del decreto expedido con fha.7 del corr^{te}, por el cual es nombrado el ciudadano Don Domingo F. Sarmiento, Jefe del Departam^{to}. de Escuelas, en cuyo cargo cesa V. por consecuencia—

Sin embargo,no dejará el inf^{to}. de manifestar a V., por igual orden, que esta medida no tiene otro objeto que aliviarle del peso de las tareas que gravitaban sobre V. con el recargo de dos Departam^{tos}. de tanta importancia, como son la Univ.^a y el Departam^{to}. de Escuelas,y complacer los deseos de V. manifestados a este respecto diversas veces—

Por lo demás,el Gobierno está plenam^{te}. satisfecho del buen desempeño de V. en aquel importante empleo; y el país no olvidará jamas que V. luchando con numerosos obstáculos,ha podido elevar la instrucción primaria en el Estado a un grado que da las mejores esperanzas al Gob^o, creándolo todo con infatigable celo,y estableciendo en el país un n° de escuelas que honran ciertamente su capacidad; llenan las esperanzas abrigadas acerca de V. para el ejercicio de tal empleo,y ponen en manos del sucesor de V. los ópimos frutos que ha sabido recoger su intelig^a, y un hermoso plantel p.^a lo futuro—

El inf^{to}. se complace en espresarlo así a V. por orden de S.E. elSr Gob^{or}, y en presentarle sus sinceros agradecim^{tos} por los importantes servicios que ha rendido al país, en pro de la instrucción de su juventud, saludándolo atentamente con tal motivo—

Dalm° Velez Sarsfield.

[Borrador]

Ministerio de Gobierno

Buenos-aires Junio 9 de/856

Al ciudadano Don Domingo F. Sarmiento

nombrado Gefe delDepartam^{to} de Escuelas

El inf^{to}. tiene la satisfaccion de dirigirse a V.,acompañándole,para su conocim^{to}. y efectos consiguientes,por orden de S.E. el Sr. Gobernador copia autorizada del Decreto fha 7 del actual,por el que es V. nombrado Jefe delDepartamento de Escuelas—

En consecuencia,y a fin de que V. pueda recibirse del cargo,el inf^{to}. le invita a pasar por su despacho en la Casa deGob^o para prestar el juramento de ley,el día de mañana a la 1—

El inf^{to}. cree inútil manifestar a V. cuanta confianza abriga el Gobierno,así en su patriotismo,como en la notoria capacidad,celo e inteligència que adornan a V. y que ha acreditado de un modo muy especial en todas épocas,en el importante ramo de la enseñanza pública no sólo en B.^s Ay.^s sino en diversos países a quienes V. ha facilitado el caudal de sus estudios y de su constante aplicación en favor de la instruccion primaria.

Con tales sentim^{tos}. me complazco en saludar a V. atentamente—

Dalm° Vélez Sársfield

[Original]

Buenos Aires. Junio 10 de 1856

Al S^{or}. Ministro de Gobierno y Relaciones

Exteriores D.D. Dalmacio Vélez Sársfield

Ayer tuve elhonor de recibir la nota que,con la misma fecha,se sirvió V.S. dirigirme adjuntándome copia del Decreto por el cual el ciudadano D.Domingo F. Sarmiento

ha sido nombrado Jefe del Departamento de Escuelas que estaba a mi cargo, dándome, al propio tiempo, las gracias, de orden de S.E. el Señor Gobernador, por los servicios que he prestado, en ese empleo, a la instrucción primaria de mi País.

No tengo expresiones, Señor Ministro, con que manifestar al Superior Gobierno la intensidad de mi gratitud, por la benevolencia que esa nota me acredita y de que la genial bondad de S. E. el Sor. Gobernador me ha dado reiteradas pruebas: ruego a V. S. se digne así significárselo.

Es verdad, como V. S. tiene a bien reconocerlo, que todas las Escuelas de varones han sido fundadas en el tiempo que he desempeñado el cargo cometido hoy a la eminente capacidad del Señor Sarmiento; pero también lo es que, sin la decidida cooperación de S.E. el Señor Gobernador, todos mis esfuerzos habrían sido estériles. Es, pues, a la ilustrada Administración de S. E. a la que corresponde de derecho la gloria de esa institución, iniciada por el distinguido patriota D.^r D.ⁿ Valentín Alsina que, a fines de 1852 me confió el cargo en que acabo de cesar.

He servido ese destino, con grave perjuicio de mis intereses privados, por el espacio de más de tres años. No he hecho, en su desempeño, todo lo que pudiera, sino hubiese tenido que consagrar mi tiempo al cumplimiento de mis deberes como Rector de una Universidad que recibí con dos clases y hoy tiene veinticuatro, y a otras atenciones públicas de no poca importancia.

Sin embargo, dejo organizada la oficina del Departamento con excelentes empleados, y establecidas cincuenta y tres Escuelas que, bajo la hábil dirección de uno de los hombres más competentes, en materia de instrucción popular que posee nuestro Estado, han de dar con el tiempo los más óptimos frutos.

Declaro a V.S. que la gloria que me cabe, por haber echado los cimientos de esta institución de mi País, es la más alta gloria a que podía yo aspirar, desde que tengo la

íntima convicción de que cuando la instrucción primaria se haya difundido en todos los ámbitos del Estado, las revoluciones, que tanto le dañan, serán imposibles, y las tentativas anárquicas de los caudillos malos, impotentes, ganando con ello la libertad, el orden y la moral.

No terminaré esta nota sin manifestar a V.S. mi reconocimiento por las benévolas palabras que contiene de su parte la que contesto, rogándole se sirva aceptar las protestas de mi mayor consideración y respeto.

JOSÉ BARROS PAZOS

(rúbrica)

Junio 11/856

Publíquese

Vélez Sársfield

[Borrador]

Ministerio de Gobierno

Buenos Aires Junio 13/856

Al Jefe del Departamento de Escuelas

El abajo firmado Ministro de Gobierno ha recibido orden de S.E. de decir al Jefe del Departamento de Escuelas, que siendo indispensable para organizar la educación pública tener un conocimiento exacto de su estado actual, y necesidades el Jefe del Departamento de Escuelas procederá inmediatamente a reunir los datos que sean necesarios para elevar al Gobierno un informe sobre el número de establecimientos de educación en todo el Estado, ya sean públicos o particulares, número de alumnos de ambos sexos, extensión, ramos, y textos de la enseñanza, con cuantos otros detalles juzgue el Departamento de Escuelas necesarios para el desempeño de este encargo.

Al efecto, el Departamento de Escuelas dará a quienes corresponda las instrucciones necesarias para que suministren los datos en la forma que los necesitare.

Debe decirle también que el Gobierno con esta fha. pasa una circular a los Jueces de Paz y Municipalidades a fin de que hagan que los Jefes de los establecimientos de educación comprendidos en su jurisdicción, suministren los datos que se les pidan por ese Departamento, y vigilen el exacto cumplimiento de esta disposición. Exclúyase de esta razón: la Universidad, Escuela de Medicina y Seminario a quienes el Gobierno pedirá igual informe por separado.

El Jefe del Departamento de Escuelas es autorizado a gastar hasta la cantidad de mil pesos, en la impresión de planillas y otros indispensables para la ejecución de esta medida debiendo servirse del concurso del Inspector General de Escuelas, y oficiales, y escribientes del Departamento, para la preparación del informe que se le encomienda.

Dios gue. a Ud. m.^s an.^s—

Dalmacio Vélez Sársfield.»

El lector, con un pequeño esfuerzo de imaginación, puede abarcar el cuadro general de la provincia de Buenos Aires un siglo atrás: la capital era fácilmente tumultuaria, el desierto arrancaba indómito de la margen derecha del río Salado, en cruenta lucha de secesión era un Estado política y económicamente soberano y el pueblo, todavía postrado, no contaba casi para nada, tan poco significaba después de más de veinte años de no poder pensar ni obrar por su cuenta, que Sarmiento no iba a tardar en confrontarlo con algunas páginas de la *Memoria* de Azara de 1801. El gobernador, Dr. Pastor Obligado, joven, activísimo, progresista, había realizado una oportuna jira por los principales partidos del Norte y Oeste, desde los que dirigió a sus comilitones cartas de un realismo entre pintoresco y conmovedor, describiendo, inevitablemente, la diferencia bien determinativa entre las

dos únicas clases sociales existentes. Los periódicos se hicieron puntual eco de las angustias colectivas y algunos como el sabio y artista Carlos E. Pellegrini, admirablemente asimilado al ambiente gubernativo y rural, lograron atenuar tantos y tan sensibles contrastes merced a la fina receptividad que lo caracterizaba ⁵.

El *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires*—otro retorno ilustrativo a los tiempos de la patria vieja y del hombre civil más grande de la tierra de los argentinos— en su última entrega del año 1855, insertó una tabla demostrativa del movimiento de las escuelas habido en la ciudad y campaña. En la ciudad, incluyendo dos escuelas de color, recibían instrucción 1.285 mujeres y 1.859 varones, y en las de los partidos del Norte, Oeste y Sur, 1.483 mujeres y 2.009 varones, es decir, la inscripción total alcanzaba a 6.636 alumnos. Por razones obvias, la enseñanza no era obligatorio y era gratuita a medias.

Sarmiento, en memorias magistrales, que aún pueden leerse con provecho, documentó las etapas laboriosas que iba cumpliendo en el desempeño de su cargo-misión, y en la primera de ellas o sea la del año 1856, quedó estampado que las escuelas tenían 10.912 alumnos, pero, se calculaba que 46.110 niños no recibían educación ⁶.

Había que seguir desbrozando nuestras cerriles heredades, luchar a brazo partido contra la gran inopia del erario, la mojigatez de los recalcitrantes y la indiferencia de la mayoría. Por ventura Sarmiento estaba dotado de un cerebro pletórico de gérmenes poderosos, comunicativos, irresistibles. Cuando editó los *Anales de la Educación*

5. *Ibidem*, legajo 1853-70. S. X. C. 27. A. 3. N.º 1. La revista ilustrada que fundó Pellegrini, bastaría para darle celebridad; en ella apareció el magnífico retrato del gobernador Obligado.

6. Cfr. los tres primeros informes en los Nos. 4, 5 y 20 de *Anales*; se trata de estudios comparativos, muy analíticos, de considerable valor sociológico.

Común, dijo, dándose mayores bríos y prodigándolos a los demás con su infalible acento suasorio: «Buenos Aires es por ahora el punto más adecuado para dar principio a obra tan vasta, y es seguro que las provincias seguirán la impulsión, desde que los resultados tangibles persuadan de sus ventajas». Luego, siguiendo su lógica inflexible, agregó: «Esta parte de América, y Buenos Aires felizmente más que otro punto entre en una nueva faz de su existencia, que pide nuevas aptitudes, y transformación completa del modo de ser de sus habitantes. Hasta 1852 la tierra ha gemido bajo el estrépito de guerras atroces, de tiranías salvajes, mundo informe en que como en las épocas caóticas de nuestro globo, los monstruos ocupaban el primer rango de la creación; pero de entonces a acá una feliz revolución se ha operado que promete otras más acabadas, si nuestra indolencia no reproduce y continúa las causas del malestar pasado. ¡Cosa singular! En despecho del triunfo aparente de la fuerza, no ha podido ésta, por más esfuerzos que haya hecho, ser de nuevo árbitro de la suerte de los pueblos»⁷.

El Departamento de Escuelas había logrado la necesaria independencia administrativa, estaba confiado a un ciudadano si no único, indubitadamente predestinado, la violencia ya no era el mandatario supremo y Buenos Aires confirmaría con largueza las esperanzas del maestro visionario, sin tacha y sin miedo, que la reconoció siempre como la primera en las empresas y en las glorias.

ROLANDO DORCAS BERRO.

7. *Ibid*, N° 1, del 1° de noviembre de 1858. Finalmente, consignaré un dato casi desgarrador: el 2 de marzo de 1852. Miguel García, erudito representante del clero, en su carácter de rector provisional de la Universidad, elevó al ministro de Gobierno, Dr. V. Alsina, el presupuesto de la paupérrima casa. Ascendía éste a 2.466 ps., 5 3/4 rs. y se había preparado de acuerdo con el del lóbrego año 1838. No figuraba partida para las escuelas primarias. Es más elocuente que muchos escritos y discursos (Cfr. MS. 128 del Estado de Bs. As. cit.).

La biotipología, nuevo enfoque humano

«El tema de nuestro tiempo», como diría Ortega y Gasset, es el hombre, la determinación de la esencia humana y el planteo de todos los problemas que a ella atañen. Asistimos a un nuevo Renacimiento: en el siglo XV, el afán por desceñir el pensamiento del ropaje aristotélico, para enfrentar, libre la mirada, al mundo físico y sus leyes; en nuestro siglo, la búsqueda, patética podría decirse, del sentido y valoración del hombre y la vida.

Nuestro siglo se caracteriza por la vuelta al hombre. La Psicología ha emprendido, segura y resuelta, el camino hacia su conquista. Freud abrió la cerradura de siete vueltas y nos enfrentamos con lo inconsciente. La psiquis no es suma de impresiones que se asocian o combinan como las piezas de reloj. Es un mundo de vivencias tiranizadas por un dinamismo profundo, de raíces remotas, arcaicas a veces, avasalladoras siempre, que salen al encuentro de un yo decidido que no admite seducciones ni rodeos, cuando apunta a fines precisos y meditados.

Lo psíquico, como realidad distinta de lo físico y lo fisiológico, no se puede negar. Se nos presenta como algo objetivo en las emociones, que no podemos reprimir, en los sueños que no podemos cambiar y en el humor que no podemos sustituir por otro.

Dependemos de una manera aterradora de lo psíquico, dice Jung, el psicólogo suizo, discípulo de Freud. Lo psíquico inconsciente nos traiciona o nos abandona en cualquier momento. Contiene todas las formas funcionales y vitales de nuestros antepasados familiares y étnicos. Es el documento vivo de la historia de nuestro yo.

¿Qué relaciones hay entre la psiquis y el cuerpo? Problema viejo como el hombre. Desde Platón, que hablaba de una sustancia distinta del cuerpo, eterna e imperecedera y se la nombra alma.

La palabra alma tiene en la raíz de las lenguas indoeuropeas un significado común de fuerza móvil, fuerza vital.

La Psicología actual sostiene que el yo, el individuo, la persona, son actividades cuya forma fenoménica es el cuerpo. El cuerpo o «habitus» es la imagen plástica y sensible de la función, expresión de actitudes dinámicas psíquicas. A su vez la función expresa y caracteriza la imagen corpórea o fisiológica. Se llega así a la posición somatopsíquica, que afirma que el estilo arquitectónico del edificio corpóreo es la expresión de la psiquis.

La imaginación colectiva es la etapa inicial de las verdades de la ciencia. Ernesto Kretschmer en «Constitución y carácter», en forma gráfica nos dice que se atribuye al demonio figura macilenta, barba afilada, estrecho mentón; el intrigante carga giba y habla cuchicheando; la vieja bruja lleva descarnado rostro de ave; los santos se pintan lánguidos, de largos miembros, pálidos y transparentes y donde haya alegría y licencia, aparecerá el obeso caballero Falstaff de roja nariz y calva reluciente.

En Francia, Alemania e Italia, especialmente, y también en otros países, médicos, psiquiatras y psicólogos, trabajaron empeñosamente aportando experiencia, conocimiento y aparatos para descifrar el enigma de la actividad del hombre, de las relaciones entre psiquis y cuerpo. ¿El cuerpo y su dinamismo es una fatalidad que engrilla al hombre? ¿El cuerpo es causa o efecto? ¿Es estático o dinámico?

De aquí las orientaciones y las distintas escuelas: constitucionalista, antropométrica, biométrica, y luego la que abarca la totalidad funcional humana, la biotipología.

En la segunda mitad del siglo XIX se desarrollan las teorías constitucionalistas. En Francia, Sigaud y sus discípulos Mac Auliff y Thoris. En Alemania, Kretschmer y Jaensch. En Italia, De Giovanni y Viola.

Otra vieja inquietud ha sido la de la constitución orgánica de la energía vital. En el antiguo Egipto, Hermes hablaba del organismo como de un «todo único». Hipócrates, interpretando el pensamiento griego, definía la constitución como «algo congénito» que no puede ser modificado, fácil de reconocer por algunos caracteres morfológicos y funcionales, así como Empédocles de Agrigento explicaba las leyes de todo lo que existe por el cuádruple principio de agua, tierra, aire y fuego.

Hipócrates crea la doctrina de los cuatro humores o jugos del cuerpo, que determinan la idiosincrasia personal: sangre, linfa, bilis y bilis negra.

La escuela francesa de la constitución orgánica, parte de la forma externa del cuerpo, de la cual deduce el temperamento y el carácter, creando la *somatoscopia*, que significa inspección ocular del cuerpo.

Según Claudio Sigaud, es preciso «mirar vivir al hombre», pues cuatro medios determinan el predominio de un aparato sobre otro: atmosférico, alimenticio, físico y social. Dichos medios plasman cuatro tipos constitucionales: respiratorio, digestivo, muscular y cerebral.

El tipo respiratorio se caracteriza por el ancho pecho, los hombros salientes, el cuerpo largo, la cara en rombo con anchura de pómulos.

El tipo digestivo es propio de tierras fértiles con alimentación abundante, mostrando formas redondas, tronco largo, vientre predominante y cabeza cónica a modo de pera.

El tipo muscular es el producto de medios físicos que actúan en las reacciones sensorio-motrices: miembros y masa muscular muy desarrollados, tronco rectangular, rostro de tres secciones iguales (frente, nariz, mentón).

cabellera en forma de cepillo en tal forma que llama (Sigaud) «peinado instintivo».

El tipo cerebral es el de las ciudades de aire confinado, movimientos reducidos, apetito mediocre, factores estos que dejan libre el desarrollo del pensamiento, produciéndose así una flaca figura, de piernas largas, pecho angosto, cráneo grueso y redondo, frente ancha, disminuyendo la cara hacia la barbilla.

En Italia, Aquiles De Giovanni y Jacinto Viola dan exclusiva importancia a la cuantificación, a la medida, fundando la Biometría, que será el basamento sobre el cual se levantará la Biotipología creada por Nicolás Pende, de Génova. Con ello se llega mucho más allá, científicamente, que la escuela francesa enunciada.

Hace más de medio siglo, De Giovanni creó en su clínica de Padua el sistema que denominó «Antropometría Clínica». Es el primer médico en el mundo que visita a sus enfermos con el compás de espesor y la cinta métrica. Son los primeros pasos de la moderna escuela constitucionalista y de la clínica individualista. Viola en Bolonia y von Benecke en Marburgo, siguiendo sus pasos, crean luego la medicina constitucionalista antropométrica: medición del cuerpo y de los órganos para relacionarlos con sus funciones.

De Giovanni dedicó su obra «Morfología del cuerpo humano» a Charcot y en ella cita por primera vez el principio de la unidad del organismo, que fluye de la correlación entre las partes. De este principio de unidad deriva el de variabilidad de las unidades, de acuerdo con el todo. Además, señala la necesidad de las medidas para la determinación cuantitativa del todo y de las partes. Para el clínico de Padua, morfología significa anatomía y función.

A su vez De Giovanni señala tres combinaciones morfológicas:

- a) Tórax y abdomen deficientes y miembros largos. Es el tipo líxico de los antiguos;

- b) Tórax amplio y músculos bien desarrollados. Tipo atlético;
- c) Abdomen excesivo. Tipo apoplético.

Para De Giovanni la constitución es a modo de una cosa viva en la cual no hay nada estático, que abarca funciones y psiquismo.

Los cambios en la constitución no se producen solamente en la época del crecimiento; siguen a través de toda la edad adulta. Así es como llega a las siguientes conclusiones:

1º Las modificaciones no afectan solamente a una parte; afectan a todas en conjunto. 2º Hay una correlación entre las combinaciones morfológicas y las manifestaciones del carácter y la evolución de la inteligencia.

De las características de la constitución deduce las aptitudes para el servicio militar, para determinados ejercicios deportivos y para la orientación profesional.

Viola ha sido el discípulo más distinguido de De Giovanni. Sostiene que, excepto la pigmentación y los grupos sanguíneos, las diferencias entre los individuos son cuantitativas. De aquí que afirme que la ciencia de la constitución es exclusivamente antropométrica, es decir, ciencia de la medida de las variaciones cuantitativas de los individuos.

En el desarrollo de su teoría, el maestro de Bolonia parte de un grupo de hombres de una región para deducir el *hombre medio*, que es una variación del tipo ideal o *normotipo*, que es excepcional y que podríamos decir que sólo existe en la imaginación creadora del arte.

Con una técnica antropométrica rigurosa, fué el primero que enriqueció la medicina constitucionalista con la descripción completa de los dos grandes biotipos humanos que llamó braquitipo o megalosplácnico y longitipo o microsplácnico.

Los dos tipos de Viola tienen las siguientes características:

Braquitipo megalosplácnico. — Tipo horizontal con tendencia a estatura poco elevada, con el tronco mayor que los miembros y el abdomen más voluminoso que el tórax. El cuello corto, el cráneo grande. Su característica psicológica corresponde al ciclotímico de Kretschmer: realistas, sociables, alegres, felices de vivir, optimistas. A veces humoristas y muy indulgentes.

Longitipo microsplácnico. — Tipo vertical, de miembros más largos que el tronco, masa corporal vertical con tendencia a la estatura elevada, de cráneo dolicocefalo, rostro ovalado y facciones diferenciadas. Su disposición psíquica es la del esquizotímico de Kretschmer: orientados hacia su yo afectivo e intelectual. Soñadores, idealistas, estetas. Espíritus lógicos y a veces mordaces.

Como ya hemos apuntado, en Alemania, Kretschmer, profesor de Neurología y Psiquiatría de Tubingia, es en nuestros días uno de los más espectables representantes de la corriente somatopsíquica. Parte de la Psiquiatría, de casos patológicos, que lo llevan a la descripción de lo normal. En su método entran como elementos esenciales el compás y la cinta métrica, pero ante todo dice: «Hemos de aprender de nuevo a servirnos de nuestros ojos, sin microscopio ni laboratorio».

Examina el mayor número de individuos posibles, obtiene medidas, deduce los valores medios y describe tres tipos constitucionales: leptosómico (cuerpo largo), atlético y pícnico.

El tipo leptosómico o asténico, es delgado, de tórax alargado, chato, de hombros angostos, que parece más alto de lo que es.

El tipo atlético muestra gran desarrollo del esqueleto y de los músculos, con hombros anchos y tórax robusto.

El tipo pícnico se manifiesta por el desarrollo de perímetros: cefálico, torácico, abdominal y su estructura puede calificarse de horizontal.

Este maestro de Tubingia da un paso decisivo en el estudio del dinamismo humano, relacionando la constitución con el temperamento, o sea la actitud afectivo-conativa.

La constitución leptosómica tiene temperamento esquizotímico, es decir, orientado hacia el Yo y es la de los idealistas, los refinados, los dominadores.

La constitución pícnica es expresión del temperamento ciclotímico, orientado hacia la realidad. Comprende a los afectuosos, los humoristas, los gozadores de la vida, prácticos y resueltos.

El atlético tiene temperamento viscoso, es decir, tranquilo, seco, pesado.

Acabamos de dar una muy sintética reseña de lo que se entiende por doctrinas constitucionalistas, creadas y practicadas por médicos y psiquiatras.

Si queremos decir en breves palabras qué es constitución, afirmaremos que es la resultante de caracteres anatómicos y fisiológicos o funcionales, expresada en términos matemáticos. Símbolo externo del dinamismo profundo del individuo, de su vida y de su psiquis.

La constitución lleva al individuo, en su idiosincrasia, como fenotipo, distinguiéndose de los demás de su especie. Como la palabra lo dice, fenómeno o acontecimiento peculiar, dentro del tipo al que corresponde.

Cabe a Aquiles De Giovanni, el clínico de Padua y a Jacinto Viola, el profesor de Bolonia, la fundación de la escuela de antropometría o biometría. Para la escuela constitucionalista, tanto italiana como alemana, constitución es individualidad y personalidad, es decir, conjunto coordinado de factores físicos y psíquicos.

Pero la morfología y la biometría no son suficientes para revelarnos el acontecimiento humano en toda su

amplitud y realidad. La historia y la sociología son escenarios en los que el hombre plasma el fermento espiritual de ideas, valores y fines: la historicidad de su yo y el desarrollo histórico de generaciones y generaciones en incesante hacer y devenir.

La ciencia, alerta, presenta otra orientación, otro enfoque, completando la fase biológica: la fase psicológica, espiritual y social. Tal fué el concepto del insigne maestro italiano Nicolás Pende, discípulo de De Giovanni y de Viola, que en la Clínica Médica de Génova y en la Real Universidad de Roma, creó el Instituto de Biotipología.

La Biotipología es la ciencia de la arquitectura y de la ingeniería del cuerpo humano individual. Estudia el conjunto de caracteres peculiares de *cada individuo*, por lo cual uno se diferencia del otro y se aleja del tipo abstracto y convencional.

La Biotipología va en busca del *biotipo individual* o fenotipo, o sea el tipo dado en el caso individual y Pende agrega a la morfología y a la antropometría, el estudio endocrino y el de la psiquis individual, en su doble fase intelectual y caracterológica, crea la representación gráfica de la personalidad humana en su original concepción de la pirámide biotipológica.

Se trata de una pirámide cuadrangular cuya base está formada por el acervo hereditario y cuyas cuatro caras se describen de la siguiente manera:

- a) *Cara morfológica*. — Masa corpórea con sus proporciones de largo y ancho y tono corporal o fuerza dinámica;
- b) *Cara dinámico-humoral*. — Aparato neuro-vegetativo y endocrino. Velocidad funcional e irritabilidad;
- c) *Cara moral*. — Esfera instintiva y esfera sentimental, con la velocidad de las reacciones y las actitudes extravertidas o intravertidas;

- d) *Cara intelectual*. — Desarrollo de la atención, memoria, concentración, inteligencia. Tipo de inteligencia y de pensamiento, intuición y lógica.

La fórmula de Pende es: «Conócete a tí mismo y a los demás. Sólo así podrás comprenderte y comprender, mejorarte y mejorar, dominarte y dominar».

Piensa que el estudio del hombre concreto o biotipo, en sus características corpóreas y psíquicas, atañe al médico biopsicólogo, y al educador, en primer término, por ser ambos misioneros de la salud física y moral de la humanidad, porque a ellos les está confiada en forma especial, la persona humana.

Es la ciencia básica, dice el eminente pensador italiano, aplicable a todos aquellos casos en los cuales figure en primera línea el «valor del hombre», como ser individual y libre, como síntesis del cuerpo y del espíritu, mas no como «hombre máquina» o como «hombre masa»; allí donde figure el «valor hombre», que el biólogo, el médico, el educador, el sociólogo o el político, deben tener siempre ante los ojos de la mente y los ojos del corazón.

La escuela biotipológica de Pende encontró bien pronto discípulos dedicados e ilustres. En París fué creado el Instituto Francés de Biotipología por Martiny, después de haber visitado a Pende en Génova. En nuestro medio tenemos un esfuerzo digno de todo elogio. Nos referimos a la tesonera labor del creador de la biotipología argentina, el doctor Arturo Rafael Rossi. En el prefacio de su enjundiosa y erudita obra compuesta de tres volúmenes nutridos de experiencia y de doctrina, titulada Tratado Teórico-Práctico de Biotipología y Ortogénesis, expresa que presenta la síntesis de quince años de estudio sobre el conocimiento del hombre biológico-social y jurídico, en las principales clínicas e institutos de Italia, Francia y Alemania, en particular en la Clínica Médica de Génova, bajo la guía del fundador de esa ciencia, el maestro Nicolás Pende.

Agrega que esas páginas encierran el fruto de las investigaciones que se realizaron en el Instituto de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social de Buenos Aires, del cual fué fundador, y en la Escuela de Biotipología y Materias Afines, que también fundara, nacionalizada esta última en 1944, recordando con emoción la colaboración de los profesores Mariano R. Castex, Carlos Bonorino Udaondo, Nicolás Lozano y de muchos otros que sería largo enumerar.

La Biotipología —según lo expresó Pende— tiene aplicación básica, fundamental, en la educación. A su vez, Arturo Rossi sostiene que la labor de los educadores se orientará mejor con el conocimiento somato-anímico de los educandos.

La Biotipología escolar es una realidad vivida, un problema en franca solución, en Italia, Bélgica, Francia, Alemania y Estados Unidos.

El creador de nuestros institutos de Biotipología, propuso la ficha biotipológica escolar, que contenga datos sobre el ambiente familiar y hereditario, costumbres y medio social del educando. En ella se determina el valor de tronco y miembros —tal como en la escuela de Viola— para deducir la preponderancia de la vida vegetativa o animal; la disposición endocrina, que ilustrará sobre la rapidez en las reacciones psíquicas. Todo reafirmado con test apropiados para la exploración de los instintos, sentimientos, inteligencia, etc.

Dejamos así esbozado por ahora un panorama de esta ciencia cuya aplicación en nuestro país está en sus principios y cuyo amplio desarrollo tanto sería de desear. No escapará a la comprensión de quienes nos lean, el interés que tiene desde el punto de vista educativo, para que dentro de lo posible, con su aplicación, la enseñanza sea una formación de acuerdo a la materia que ofrece el propio educando, dejándose de aplicar un patrón común, deshumanizante.

CLARA C. RAPALLINI de CÁCERES.

La Literatura Infantil

Antes de entrar de lleno en el tema, queremos hacer una aclaración:

Nos consideraríamos muy felices, creeríamos haber realizado algo positivo, si en el estrecho margen de este artículo pudiéramos ofrecer, o al menos esbozar, soluciones concretas. Cabe a nuestra franqueza decir que no es así.

El problema —el arduo problema de la literatura infantil— admite, en el estado actual de nuestros conocimientos, diversas interpretaciones. Ordenarlas, codificarlas, tamizarlas, decantarlas y ofrecérselas a los educadores es trabajo que está esperando aún a su hercúleo ejecutor.

El propósito confesado de esta exposición es, pues, el de efectuar un planteo; el de sembrar una inquietud; el de concitar pensamientos y esfuerzos en pro de una solución que tarda más de lo deseable en concretarse.

Qué entendemos por literatura infantil. — Entendemos por literatura infantil cualquier literatura accesible al niño que, por poseer valores, elementos o caracteres particulares y por satisfacer las necesidades de su psique, sea capaz de contribuir positivamente a su armónica formación integral.

No deseamos restringir el significado de las palabras. Si el adulto admite muchas clases de literatura para su formación individual y social, el niño también ha menester de ellas. Su conjunto: el cuento, la fábula, el relato, el diálogo, el teatro, la leyenda, el apólogo, el verso, etc., forman su *literatura*, sean o no niños los personajes que actúan, sean o no pueriles los argumentos que los motivan.

La aclaración holgaría si no existiese una fuerte tendencia a construir un relato cuyos personajes sean niños y a endilgarle, inmediatamente, el rótulo: cuento infantil. El verso, por su parte, se carga de diminutivos y de rípios; escoge un metro musical; se olvida, casi siempre de la poesía; y se lanza a conquistar el pequeño público con igual denominación.

De allí que el mercado ofrezca una serie de «libros para niños» que no siempre lo son, porque el autor ha manejado los ingredientes de acuerdo únicamente con propósitos preconcebidos: se ha acordado del lenguaje; de la trama, con su exposición, nudo y desenlace; no ha olvidado, las más de las veces, la infaltable y cargante moraleja, pero no ha tenido presente lo único que debió recordar, omisión que torna inútil e improductivo su esfuerzo anterior: se ha olvidado del niño que ha de leer su obra. Se ha olvidado de que ese niño también necesita arte.

Escasez de una buena literatura infantil. — El epígrafe es generoso. Hablamos de la *escasez* de una buena literatura infantil cuando debiéramos mentar la pobreza franciscana de toda literatura que pudiese exhibir, con justicia y merecimiento, ese nombre.

¿A qué se debe ello? ¿Cuáles son los fenómenos que originan esa carencia? Trataremos de analizarlos.

El autor de literatura infantil debe ser poseedor de una exigible vocación. Debe ser escritor, sensible y pulcro como tal y conservar en su alma, frescos y lozanos, los recuerdos y vivencias de su niñez. Debe ser un mucho poeta y un mucho niño, tanto para saber tender la mano al párvulo, ayudándolo a encaramarse y a superarse, como para descender e ir en su busca con naturalidad, sin sentirse disminuido por ello.

Escritores hay que temen, en ese «descenso», ver afectada su fama de autores consagrados. El título de *autor para niños* no es, todavía, codiciado ni codiciable. Sin em-

bargo, si es difícil ser *autor*, más lo es el serlo —honrosamente— para niños, ya que presupone una especialización sobre una actividad profesional y artística, pero nunca una limitación.

Martí, que consagrara su vida a la causa nada pequeña de la libertad de su patria y que dejara escritas páginas de valor imponderable fué preso de aquella preocupación y fué así como intentó el cuento para niños. De su viaje a tan azarosas regiones salió sin menoscabo y ennoblecidas por su pluma las letras infantiles.

Conrado Nalé Roxlo, de gran público como Chamico, fino poeta, en *La Cola de la Sirena*, no vacila en confesar en una conferencia sobre el tema, su aspiración y anhelo de trocar toda su obra —la pasada y la porvenir— por un solo, exclusivo, único, pero perfecto e inmortal cuento para niños, capaz de trascender las fronteras y laurearlo al regocijar a todos los pequeños del mundo.

Y hay más ejemplos. Pero son aislados. Nuestros escritores de nota no tientan el cuento infantil. ¿Menosprecio? ¿O, por el contrario, aceptan *a priori* las dificultades innegables, tal vez insuperables, que han de enfrentar?

Según Aristóbulo Etchegaray llega para el escritor el día en que ya no desea escribir *un libro más*. Ansía escribir *el libro*. Ese libro que el autor sueña y que, corporizado, será arte. Ese libro que los lectores recibirán en comunión de corazón esperanzado.

Diríamos, parafraseándolo, que la niñez también está esperando. Espera no unos cuentos sino *los cuentos*. Esos cuentos que volarán en la alfombra mágica de las prensas, de país en país, de lengua en lengua, de alma en alma, diciendo: disfrútame.

Así las cosas, los editores no publican. O publican poco. No hay mercado para libros que deben lanzarse e imponer, simultáneamente, un título nuevo y un autor desconocido. Se refugian, entonces, en los clásicos, aprovechando no só-

lo el «dominio público» sino la venta asegurada. Las honrosas excepciones a esta regla no hacen sino confirmar las dificultades existentes. Los editores que quieren superarse se lanzan a «la aventura». Sus libros deben estar profusa y agradablemente ilustrados. La edición se encarece y no acepta más que tiradas reducidas. El libro no se vende. El desaliento se apodera del bienintencionado que se ve obligado a no aceptar nuevos originales y contagia a los autores rechazados que buscan horizontes menos estériles para su trabajo.

La elección del buen libro. — Es evidente que los niños leen los libros que compran sus padres.

¿Qué conocen éstos de libros infantiles? Su conocimiento es simple recuerdo o reminiscencia. Y es así como, ya en el mostrador, piden *Caperucita* o *El Gato Embotado*. O cualquiera de los otros cuentos con los cuales recuerdan haberse deleitado en su infancia.

El problema tiene otra variante: el comprador solicita «un libro para niños» y el vendedor le ofrece el de su predilección (salimos del conocimiento del padre para caer en el del vendedor) o el que le deja un mayor por ciento de beneficio. En todos los casos, en la elección del material de lectura, intervienen factores ajenos al niño para la provisión de sus libros.

Si pudiese darse el caso de que el propio niño adquiriese sus libros, el problema subsistiría bajo otra faz: ¿Elegiría lo mejor? ¿Cómo establecería comparaciones entre dos términos desconocidos? ¿Elegiría lo que le gusta o lo que le conviene? ¿Lo que le gusta será siempre lo más conveniente y viceversa? ¿Puede discernir, en esa etapa de su formación, qué es lo que requieren sus necesidades de ser en evolución? Seguramente no.

De ese modo llegamos a la conclusión de que es necesario un mayor conocimiento por parte de los padres y de los maestros —es decir, de los educadores— acerca de

cuáles son los libros que deben leer los niños y de los vendedores de la noble mercancía que deben asesorar con imparcialidad. Todo ello no es fácil.

Frente al problema de la alimentación de su hijo, el padre recurre al médico en general y al dietista en particular. ¿A quién recurrirá para esta alimentación espiritual: al librero, que es parte interesada o al maestro que, como aquél —y con las consiguientes salvedades— carece del conocimiento imprescindible como para expedirse con estricta justicia?

¿Qué libros aconseja usted? — Si tuviésemos que contestar concretamente a esta pregunta nos uniríamos a Lombardo Radice cuando dice que un buen libro para niños es aquel que puede ser apreciado por un adulto, pero rehuiríamos cuidadosamente el dar recetas, porque ni siquiera frase tan sensata puede considerarse definitiva.

Una asociación de «nurses» de Londres ha pedido (no sabemos si obtenido) la proscripción de *Caperucita Roja* por cruel e inmoral. Otros muchos cuentos clásicos no son aconsejados hoy por los especialistas en virtud de situaciones amorales o inmorales que forman parte de su trama. Se arguye que si un adulto, en virtud de su capacidad de discernimiento, es capaz de leer y gustar un libro pese a las «inmoralidades» que pueda contener, no se puede exigir otro tanto de un niño que no sabrá distinguir lo reprochable de lo aconsejable porque su moral carece de experiencia social y está deformada por su profundo egocentrismo.

Antonio Robles, por su parte, lo quiere así: «¡Que el cuento sea siempre como un domingo!, que sea como un domingo, por ejemplo en proporción de uno a seis —como los días de la semana—, con los temas de estudio; pero que al llegar al séptimo día, que sea de verdadero descanso, sin ni siquiera aprender jugando, que bastante se aprende si el cuento es limpio, y que tenga un cielo de

domingo, que no quede empañado por la sangre, como ese domingo terrible en que ocurrió tal o cual desgracia familiar o tal catástrofe, en los recuerdos de cada infancia».

Es decir, lo quiere limpio, puro y transparente de argumento y de intención. En una palabra, poesía y arte.

Frente a estas atinadas observaciones, Jesualdo, comentando estos hechos, nos dice: «Sin duda que tomados así, de sorpresa, estos datos terroríficos, funebreros, desgajados de la totalidad del cuento, son capaces de atemorizar a cualquiera por sus tan precisas observaciones». Y continúa: «De acuerdo con el éxito que han tenido estos cuentos (*los clásicos*) durante tantos siglos, tendríamos que pensar lógicamente que no quedaría en el mundo casi nadie que no fuera asesino o malvado, si aceptamos que todos hemos gustado y regustado de esta literatura en nuestra más tierna edad».

Y bien. Ambas teorías pueden reclamar para sí, parte de razón. Tal vez ninguna la tenga en forma absoluta. Se podría argüir que la viruela diezmó, pero no aniquiló a la humanidad, pese a ser plaga y peste. No obstante haber sobrevivido la prudencia nos aconseja la vacuna antivariólica para nuestros hijos.

Para ellos deseáramos un cuento que, reuniendo los valores psicológicos necesarios para adueñarse de su interés y actuar formativamente, fuese intachable desde el punto de vista moral, y que éste fuese el que acepta, como normal, el hombre normal de la sociedad actual, ya que está probado que «no puede haber sociedad sin la existencia de sentimientos sociales o morales» (Ribot), lo que ratifica Durkheim, cuando atribuye a la sociedad la formación de los sentimientos morales, que nacen de los sociales, con los cuales se confunden. Dicho está, de acuerdo con esto, que Jesualdo podría tener razón: la carencia de sentimientos sociales significaría la ausencia de los morales y poco incidiría en el niño nuestra apreciación adulta acerca de

lo moral, amoral o inmoral. A medida que el niño crece y se socializa adquiere ese sentido moral que le servirá de defensa al par que el aumento de su capacidad de discernimiento tornará inocuo lo criticado de esta cuestión.

Por nuestra parte preconizamos un cuento sin moralejas empalagosas. Ella debe fluir sola, ser una consecuencia, algo que se diluye en el subconsciente para actuar en el momento preciso.

El cuento no puede, no debe ser el pretexto para endilgar moralejas. No las tiene una puesta de sol, una cascada, una sonata, ni el trino de un ave. Sin embargo el niño gusta de la música, de la pintura y de la naturaleza. Se educa en ella y con ella. Que el cuento sea lo mismo: que lo eduque, que lo forme, pero que no sea admonitorio. Vale más el ejemplo diario de un padre trabajador que el consejo reiterado de un progenitor haragán.

Pasemos a otro aspecto de esta misma cuestión: En este tren de recomendar «el cuento blanco», el cuento sin pecados ni amoralidades ¿qué diremos del cuento triste, del cuento que hace llorar?

—«No hagamos sufrir al niño; ya tendrá tiempo para ello» — dicen unos.

—«Enseñémosle la realidad de la vida, que es lucha y sufrimiento» — replican otros.

Nos preguntamos: la verdad ¿dónde está?

Son tal vez mayoría quienes están con la primera tesis, pero no puede afirmarse que la razón esté totalmente ausente del lado contrario.

Lo que cabe preguntarse es: ¿sufre siempre que llora, el niño?

Sabemos que hay cierto deleite en el sufrimiento que produce, en el adulto, una película que lo entenece. Sabemos que entre una comedia risueña y un drama, éste le dejará huellas más hondas. *Lo que no sabemos* es en qué medida podemos aplicar la misma receta al niño. Nuestra

primera reacción es suprimir lo triste, la muerte especialmente. Pero... ¿estamos en lo cierto?

¿Qué diferencia hay —para un niño— entre morir o irse; entre la muerte definitiva y la ausencia temporal? ¿A qué edad podrá discernir entre lo largo de una ausencia transitoria o lo breve de la ausencia definitiva?

Un conocido y curioso editor, siempre preocupado por este tema, leyéndole un cuento a Ana María, su hijita de tres años y medio, observó el desagrado de la niña cuando, en el relato, un patito se extravía. Para el adulto ese extravío transitorio es una circunstancia feliz comparada con lo irremediable de la muerte. Pero ¿qué sabe el niño de ella? En cambio, sus miedos ancestrales son el miedo a los ruidos, a la oscuridad y a la soledad. No es desdeñable que el hecho de que una persona muera lo conmueva menos que ese pobre e inerte patito (con el cual se consubstancia), que se extravía y grita llamando a su mamá. ¡Cuántos llantos en la cuna no son sino llamados de angustia a la madre ausente!, temor de la soledad.

Sin entrar en razonamientos psicológicos lo expresa muy bien Marcos Leibovich, en *Miedo*: Si no hubiera luna,/ ni ninguna/ estrella en la altura,/ la noche sería oscura.../ ¡Qué miedo! ¡Qué miedo!/ Si a mi lado no estuvieras,/ madre, si te fueras,/ ¡qué miedo! ¡qué miedo!

Tratamos el tema «tristeza» y «muerte» coincidiendo con Bernard en que «vivir es morir». El fenómeno de la muerte es inseparable del de la vida en la naturaleza. Es, además, diario y conmueve al adulto sólo en la medida en que el afecto lo liga a la cosa desaparecida o por las circunstancias más o menos dramáticas o especiales, en que la muerte ocurre. Decir que se faenaron dos mil vacunos no nos impresiona; la muerte del canario de casa nos apena. La desaparición de una criatura en un accidente nos conmueve, mientras nuestros ojos indiferentes recorren cientos de avisos necrológicos sin alterarnos.

¡Habrà, entonces, que estudiar la incidencia de estos cuentos de acuerdo con la psique infantil y no con nuestra sensibilidad adulta.

La guerra y el niño. — Desde hace tiempo, respetabilísimas corrientes pedagógicas claman contra el juguete guerrero. A primera vista también se siente uno tentado a darle amplia razón. Concluyamos con escopetas, cañones, barcos y aviones que no hacen sino estimular sentimientos reprobables. Pero, al mismo tiempo, numerosos psicólogos, sobre todo de la corriente psicoanalista, aceptan que la práctica violenta con esos juguetes no hace sino favorecer descargas afectivas, y más bien que condenarlas nos previenen acerca de los peligros de reprimirlas.

Todo maestro sabe acerca de la misión funcional de recreo —no tanto como descargo— sino como posibilidad de descarga. Intuitivamente lo sabe también la madre cuando dice a su hijo que dentro del ámbito del departamento se está tornando insoportable: «vete afuera y juega un rato».

Dice Nelly Wolffheim: «A este respecto se ha de pensar en los diversos juegos de lucha, en los que el niño, en su calidad de «policía», «soldado» o también «animal salvaje», puede amenazar, atar y pegar a otros; donde puede ser el poderoso y dominar a los demás. En estos juegos puede observarse, justamente en los niños tímidos, una sobrecompensación de su angustia. *Por enemigos de la guerra no llevaremos naturalmente a los niños a que jueguen a los soldados, pero deberíamos cuidarnos de sojuzgar sus deseos de reñir cuando se tratan de imponer en el juego. Los impulsos combativos son activos en todos nosotros. La descarga de afecto que se obtiene en estos juegos es una ayuda para el niño, y una represión demasiado intensa del mismo, como la produce a menudo la influencia educativa, puede producir en muchos niños una*

acumulación de afectos que no es favorable de ninguna manera».

Y concluye: «Sería mejor no prestar atención a actos de brutalidad que se dirigen contra la muñeca o contra el animal de juego; parece probable que el afecto que encuentra una descarga en el juego, puede prevenir un desvío en la vida real. Nos engañamos cuando suponemos que las filípicas moralizantes con que pretendemos influenciar al niño que juega, lo pueden modificar realmente».

Si aplicamos lo dicho respecto del juguete guerrero a la «literatura triste» nos hallaríamos con que quienes la combaten o quienes la aconsejan disponen de amplia gama de argumentos a su respectivo favor.

Por nuestra parte aconsejamos evitar los extremismos. Canalizar y dosificar. Y no descuidar las posibilidades de la literatura épica infantil.

Los cuentos que trascienden. — Sabemos hoy, positivamente, que numerosos cuentos para niños no fueron escritos, precisamente, para ellos. Su gestación obedeció a otros motivos.

Conocemos las acerbias críticas que se formulan a la mayoría de los cuentos clásicos, los crímenes e inmoralidades que sus protagonistas cometen y acometen. Barba Azul, Caperucita, Cenicienta, etc., son los primeros de una larga lista sobre los cuales hay un grave capítulo de cargos.

Hemos escuchado la voz de una apasionada por este problema —Dora Pastoriza de Etchebarne— en un alegato tan convincente que, actuando como fiscal obtendría la inmediata condena y proscripción de estos cuentos.

Nos tentamos a expedir el fallo de culpabilidad pero... algo, en nuestro interior, nos detiene: es una pregunta tan sólo. ¿Qué tendrá este cuento —*estos cuentos*—; qué misterioso ingrediente puso el alquimista, para que así

trasciendan los siglos y los idiomas? ¿Son suficientes nuestras razones del círculo vicioso (el padre que compra —el editor que vende y sigue publicando por eso— el padre que sigue comprando lo que se edita), como para resistir tan sólidamente la demoledora acción del tiempo que borra otras cosas con tanta facilidad?

Concluyó la época de transmisión oral, que justificaba la persistencia. Se imprimieron cientos de miles de nuevos libros para niños, sin los defectos señalados, con miras a reemplazarlos... pero ellos siguen vivos.

¿Qué tendrán? Sólo con desentrañar el interrogante de estas dos palabras daríamos comienzo a la solución de este problema.

Dora Pastoriza de Etchebarne estima que es el mito y que, para lograr de una buena vez el cuento argentino, habrá que buscar en lo mítico la razón de ser del cuento. Lo mítico se hallará, entre nosotros, en el folklore. No, necesariamente, en sus protagonistas ni en sus argumentos sino en el símbolo que él ha aprehendido, sin saberlo, en su malla de palabras y de acciones.

H. Delacroix abona el aserto: «Al abrir el hombre el mundo de los símbolos, la inteligencia le abre el mundo del arte».

Ojalá nuestros escritores sean capaces de demostrarnos —haciendo— que esto es verdad.

La humanidad y el niño. — La corriente estudiosa que supone que en el crecimiento del hombre se reproducen las etapas de la humanidad presta asidero a estas teorías.

El hombre primitivo temió siempre a lo desconocido: cuanto escapaba a su comprensión era sobrenatural; el relámpago y el trueno, formas en que los dioses manifestaban sus iras. La concepción de sus deidades no era, en el fondo, sino la corporización de su ignorancia o la confesión de su pequeñez frente a lo incognoscible. Apenas

aprendió a discernir entre el bien y el mal creó las religiones: sus dioses eran buenos y malos.

Muchas veces, como dice Lévy-Bruhl «pretendía ejercer, por medio de sus ceremonias mágico-propiciatorias, acción sobre los espíritus de los muertos y por su intermedio sobre las fuerzas de la Naturaleza para obtener buena caza y buena pesca».

De allí el origen del ara y de los sacrificios de los cuales no son sino formas nuevas las «promesas» y «penitencias» de los adeptos a religiones modernas que buscan así el perdón de sus faltas o la protección del Dios de su credo.

Siendo la infancia una etapa en el desenvolvimiento normal del hombre, habremos de aceptar que la carencia de experiencia y conocimientos (que adquirirá a su debido tiempo) justifican para esa etapa hechos y cosas que los adultos, que ya la han superado, rehusan.

¿Está probado que el hecho de jugar con revólveres y rifles convierte o facilita la conversión del niño en un futuro delincuente? ¿El miedo que trasciende de un cuento le infundirá pavor al niño o le servirá, precisamente, de «autovacuna», de «descarga» para ese mismo miedo irreflexivo y subconsciente por las cosas que desconoce?

La realidad del mundo infantil ¿es la realidad del mundo adulto? ¿No tienen su propio y distinto mundo? ¿Qué sentido tiene el que Héctor y Luisa jueguen a los hermanitos siendo precisamente y en realidad hermanos? La evasión casi permanente de nuestro mundo real a su mundo ¿no nos está indicando que los adultos tendríamos que ahondar el misterio antes de lanzarnos a juzgar?

Los modernos instrumentos psicométricos ¿pueden decirnos la magnitud de las reacciones de dos niños diferentes frente a un mismo cuento? Y si cada niño es distinto de otro ¿por qué hay una sola literatura para todos ellos?

Si frente al niño adoptamos la posición de ofrecerle lo que creemos que le conviene ¿estamos procediendo atinadamente? ¿O sobreestimamos nuestra capacidad de raciocinio en detrimento de la capacidad instintiva del párvulo?

Así, apenas pretendemos penetrar en ese mundo desconocido, uno a uno, se nos ofrecen cientos de interrogantes. Y porque estimamos que conocemos poco, muy poco, demasiado poco del tema entendemos que es justo el apremiante reclamo formulado por Nelly Saglio cuando dice: «Sería de desear que los escritores, los padres, los maestros, junto a médicos, ilustradores, profesores y editores, sin olvidar a psicólogos de reconocida vocación y eficacia, se interesaran por estas cuestiones y opinaran con afán constructivo sobre algunos puntos fundamentales. Si hemos progresado realmente en nuestra literatura para niños; si lo maravilloso tiene razón de figurar entre las aficiones infantiles; si habrá que traducir, adaptar o resumir las grandes obras de la literatura universal para edades distintas; si la historieta gráfica posee algún particular sentido; si las tiras cómicas deben persistir; si... estamos dispuestos, por una vez, a entender que los beneficios económicos pueden ser suicidas cuando sólo se proponen la ventaja monetaria en este aspecto de la cultura. Y será suficiente con que nos dispongamos a pensar un poco en nuestros niños para que surjan los infinitos acuerdos que necesitan ellos de los que, *creyendo saber más, les servimos tan poco*».

La tira cómica. La historieta gráfica. — Aprovechemos la oportunidad que nos brinda la cita y digamos algo acerca de las tiras cómicas y las historietas gráficas. Parece constituir una característica de la época eludir la lectura meditada para sumergirse en la superficialidad de esos dibujitos con leyendas, muchas veces de precario valor estético y casi siempre nefastos por su contenido.

Pero la crítica es arma de dos filos que nos alcanza. Si comprobamos fehacientemente que los niños —y aun los adultos— por razones que habría que analizar, se han inclinado decididamente por este tipo de lecturas ¿por qué no utilizarlo para fines superiores?

En una mesa redonda radial, realizada hace poco, se condenó a muerte a las tiras cómicas. Por nuestra parte sabemos que la radiotelefonía, la televisión y el cinematógrafo ofrecen mucho malo y demasiado pésimo para los niños... pero ello no significa que se haya de condenar el medio utilizado sino la forma de realización. El cine es malo... hasta que aparece un mago llamado Walt Disney y lo convierte en magnífico. Por semejanza, antes de precipitarnos a condenar las tiras cómicas y las historietas gráficas veamos si no somos capaces de ennoblecerlas y utilizarlas dignificadas, para fines superiores. Transformando el mal dibujo en creación artística y los argumentos deleznales en respetables y pulcros, la crítica quedaría desvanecida en parte. La incidencia de este medio de lectura en el futuro intelectual del niño habría que estudiarla más profundamente.

Habría que analizar también, como lo hizo la señora de Etchebarne, ya citada, en qué forma actúan los modos de vida de hoy sobre la literatura infantil. Los departamentos son reducidos. La falta de espacio, la vida agitada, las costumbres, han cambiado. Ya no hay tiempo para que la abuela reúna en corro a media docena de nietecitos y les relate —recreándolos— el cuento que la conmovió en su infancia. La tradición oral está condenada a muerte. No hay tiempo, no hay sitio, no hay paz. A veces no hay ni siquiera corro de nietos porque el hijo único ha suplido a la generosa descendencia de la familia de antaño.

Es así como aparecen el disco, la radiotelefonía, la cinta magnética y la televisión, como elementos nuevos para el

suministro de un material inagotable con el cual el niño quedará, naturalmente, insatisfecho.

Los títeres. — Dedicamos un párrafo a los títeres, no por el valor de su literatura sino porque pensamos que existe en ellos un medio no utilizado plenamente para beneficio y solaz de nuestra niñez.

Contemplemos una fotografía de un auditorio infantil en un espectáculo de títeres. La cámara los ha sorprendido con el cuerpo tenso, la atención fija, la mirada brillante, poseídos, transfigurados, pendientes de la acción.

El argumento es siempre sencillo: Juan, pequeño, débil y bueno; muchas veces feo, que la belleza física no importa al niño. Juana es su adorada ¿por qué no rubia, de ojos celestes, timidez de gacela? Y un «malo» fuerte y grosero que a las mil trapisondas unirá el deseo de quitarle a Juan el amor de su adorada. A ratos una bruja, un hada o un ogro, el elemento fantástico necesario para convertir en «real» cualquier situación irreal. La trama: cualquiera. El final: la astucia e inteligencia de Juan prevalece en un desenlace con palos y corridas... corridas y palos...

Allí se efectúa la identificación del espectador con el actor; la «transferencia» que es, en definitiva el justificativo de su atención, de su tensión y del éxito de los títeres que, como Pinocho, atraviesan la bruma de los siglos rejuveneciéndose con cada año que pasa; remozándose en cada pieza que protagonizan; siendo en realidad tan eternos y frescos como esa misma infancia a la cual dedican la mueca de sus rostros pintados e inmóviles. El muñeco está animado por una mano y una voz anónimas que le dan movimiento y expresión. Pero quien le da vida es, sustancialmente, el pequeño que, desde la platea se recrea y lo re-crea en sí mismo.

¿No habrá, también en el fantoche, un mito permanente, oculto, ignorado? ¿No estará presente el mito del

Genio y de la Ciencia que no envejecen jamás? ¿No será, por ventura, Endimión el títere y la Luna —su casta enamorada— la niñez sin mancha, blanco auditorio de todas sus hazañas?

Volvemos la vista a las palabras liminares: «No hay arte sin la capacidad de ordenar sueños y corporizarlos».

¿Quien se sienta capaz de soñar, que sueñe! Pero que los sueños no sean tan inasibles que impidan a los escritores para niños ofrecerles arte, el más puro arte a que ellos tienen derecho.

Conclusión. — Aspiramos a ser un pueblo culto, amante de las ciencias y de las artes. ¿Cómo llegaremos a la meta si no es por el camino del libro? ¿De dónde parte éste sino de las primeras lecturas?

Arturo Marasso dice: «El buen lector debe formar su educación estética desde la niñez. Por eso la lectura de los poetas es la primera iniciación estética de los niños». Y agrega: «¿Qué leerá la masa si la escuela primaria no ilustró su entendimiento? ¿Qué admirará y amará si no le han inspirado ni amor ni admiración?».

Allí estaría la clave y el secreto: acercar al niño a la belleza y al arte.

¿Cómo?

Que médicos y psicólogos ahonden el problema con el concurso de padres y maestros. Que los autores imiten a Martí y a Jiménez y aspiren a haber sido capaces de escribir tan sólo un cuento para niños, pero inmortal. Que los editores adopten el lema «más y mejores cuentos para niños». Que los ilustradores estudien la técnica y se enorgullezcan de ofrecer su arte a la niñez. Que los diarios se obliguen a establecer, dentro de su página bibliográfica, una sección infantil en la cual, críticos desapasionados, imparciales y capaces informen al público lector. Que no haya una sola aula escolar sin un estante, al menos, con buenos libros para niños. Que las comisiones de bibliote-

cas populares compren y distribuyan generosamente los buenos libros para los pequeños, y si sólo son de solaz, ¡mejor! Que los diarios y periódicos estudien la dignificación de la historieta gráfica y de la tira cómica.

Propiciamos, finalmente, la creación de un Consejo del Libro Infantil, integrado por especialistas y estudiosos; financiado por todos los que tienen intereses vinculados al libro y a la cultura, para que entienda con todo lo relativo a la recopilación de información, al análisis y al estudio de este importante problema.

Y dejamos al público lector no esclarecida la incógnita pero con las bases para un planteo que forzosa, ineludiblemente, deberán encarar, ya mismo, los responsables de la educación pública y privada.

Es decir, nosotros mismos.

ATILIO A. VERONELLI.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

EL PUNTO DE VISTA Y EL MÉTODO

El punto de vista en que se sitúa Teilhard de Chardin es el punto de vista científico, fenomenológico.

Desde 1916, encontramos, en un ensayo a la vez metafísico y místico, la formulación de ese punto de vista, con el enunciado de un tema que la obra posterior precisará: Teilhard evoca "la ley de recurrencia según la cual está construido el Cosmos. El análisis de la Materia conduce a considerarla como una agregación innumerable de centros, capturándose y dominándose, de manera de edificar, por sus combinaciones, centros de orden superior cada vez más complicados". (La vida cósmica, 1916).

Pero es en 1923 que, por primera vez, tenemos un ensayo estrictamente científico en su método:

"Las páginas que siguen no buscan presentar directamente ninguna filosofía; ellas pretenden, por el contrario, extraer su fuerza del cuidado que se ha tomado en evitar todo recurso a la metafísica. Lo que ellas se proponen, es expresar una visión tan objetiva y sincera como posible de la humanidad considerada (en su conjunto y en sus conexiones con el Universo) como un fenómeno". (L'Hominisation, introducción a un estudio científico del fenómeno humano, 1923). El lector podrá encontrar en la obra citada de Edouard Le Roy extensos extractos de este ensayo inédito.

En muchos de sus escritos posteriores, Teilhard formulará los mismos principios metodológicos.

En 1937, en su Bosquejo de un Universo personal: "Ni explícita ni implícitamente, se ha introducido en nuestros descubrimientos la noción de lo mejor absoluto, o la de causalidad, o la de finalidad. Una ley experimental, una regla de sucesión en la duración, he ahí lo que nosotros presentamos a la sabiduría positivista de nuestro siglo".

En 1942, en el importante ensayo titulado El lugar del Hombre en el Universo, reflexiones sobre la Complejidad, introducción: "Está bien entendido, desde luego, que, en lo que sigue, yo me afirmo expresamente, como conviene, sobre el terreno de los hechos, es decir en el dominio de lo tangible y de lo fotografiable. Discutiendo, como sabio, perspectivas científicas, debo mantenerme, y me mantendré estrictamente, en el examen de la ordenación de las apariencias, es decir de los "fenómenos". Preocupado por la relación y la sucesión que manifiestan esos fenómenos, no me ocuparé pues de sus causalidades profundas. Puede ser que me aventurara hacia una "ultra-física". Pero no busquéis aquí ninguna metafísica".

En 1944, en la Centrología: "ninguna síntesis a priori, geométrica, a partir de alguna definición del ser —sino ley de recurrencia experimental—, verificable en el campo fenoménico y convenientemente extrapolable en la totalidad del espacio y del tiempo. No una metafísica abstracta, sino una ultra-física realista de la unión".

En una importante conferencia dada en 1945 (Vida y Planetas, Estudios, mayo 1946), la misma definición aún de su punto de vista y de su método: "Es necesario hacer notar que, en el curso de esta conferencia, que pretende no abandonar el terreno científico de la observación, únicamente la sucesión y la interdependencia de los fenómenos son consideradas: ley experimental de recurrencia, pues, y no análisis ontológico de las causas".

A este respecto la advertencia del Fenómeno Humano, que data de 1947, es capital:

"Para ser correctamente comprendido, el libro que presento aquí exige ser leído, no como una obra metafísica, y menos aún como una especie de ensayo teológico, sino única y exclusivamente como una memoria científica. La elección misma del título lo indica. Nada más que el fenómeno. Pero también todo el fenómeno.

"Nada más que el fenómeno, desde el principio. Que no se busque, pues, de ninguna manera en esas páginas una explicación, sino solamente una Introducción a una explicación del Mundo. Establecer alrededor del hombre, elegido por centro, un orden coherente entre consecuentes y antecedentes; descubrir entre elementos del Universo, no un sistema de relaciones ontológicas, sino una ley experimental de recurrencia que exprese su aparición sucesiva en el curso del tiempo: he ahí, y he ahí simplemente, lo que yo he tratado

de hacer. Más allá de esta primera reflexión científica, bien entendida, el lugar queda libre, esencial y abierto, para las reflexiones más avanzadas del filósofo y del teólogo. En ese dominio del ser profundo he evitado, cuidadosa y deliberadamente, no aventurarme en ningún momento. A lo sumo he de tener confianza, sobre el plano de la experiencia, reconocido el movimiento de conjunto (hacia la unidad) con alguna justeza y marcado en buenos lugares los cortes que, en sus modos de conducirse subsiguientes, y por razones de orden superior, el pensamiento filosófico y religioso se encontraría con derecho de exigir.

"Pero todo el fenómeno, además. Y he ahí lo que, sin contradicción (aunque pueda parecer) con lo que he dicho, corro el riesgo de dar a las opiniones que sugiero la apariencia de una filosofía...".

Más tarde, Teilhard vuelve sobre la delimitación de su punto de vista: "un esfuerzo para ver, y hacer ver, lo que llega a ser y lo que exige el hombre, si se le sitúa, íntegramente y hasta el límite, en el cuadro de las apariencias". "Mi único propósito, y mi verdadera vehemencia, en el curso de estas páginas, es simplemente, lo repito, tratar de ver, es decir de desarrollar una perspectiva homogénea y coherente de nuestra experiencia amplia y general del hombre. Un conjunto que se despliega. No se busca pues aquí una explicación última de las cosas, —una metafísica—".

En 1948, en el texto titulado *Resumen del pensamiento del Padre*, Teilhard definió su obra como una "fenomenología": "Esencialmente, el pensamiento del P. Teilhard de Chardin no se expresa en una metafísica, sino en una suerte de Fenomenología. Fundando y dominando toda la experiencia, piensa él, una cierta ley de recurrencia se impone a nuestra observación: ley de "complejidad-conciencia...".

Finalmente, en el curso profesado en la Sorbona, el grupo zoológico humano, estructura y direcciones evolutivas, Teilhard reafirma la naturaleza puramente científica de su esfuerzo: "Como su mismo título lo indica, las páginas que siguen no pretenden dar una definición exhaustiva del hombre. Lo que ellas buscan simplemente es fijar de él las apariencias "fenoménicas", en la medida en que (para nuestra observación terrestre) lo humano puede ser legítimamente mirado por la ciencia como prolongando y coronando, al menos provisionalmente, lo viviente. Ensayar de definir experimentalmente este misterioso humano fijando estructural e históri-

camente su posición presente por relación con las otras formas tomadas alrededor nuestro, en el curso del tiempo, por la tela cósmica —tal es el fin—, bien circunscripto, de la obra aquí presentada".

Hemos creído nuestro deber citar, a título de documentos, esos textos escalonados sobre períodos de la obra de Teilhard, para atestiguar bien cómo Teilhard tenía conciencia de cumplir un esfuerzo estricta y rigurosamente científico. Es cierto que la visión del mundo así descubierto tenga una portada y un valor filosófico, pero esta visión del mundo no obliga al filósofo más que en la medida en que ella se ha constituido por sus medios y según métodos rigurosamente desprovistos de todo presupuesto extra-científico.

Este orden de recurso, científico y fenomenológico, es el orden propio de Teilhard, aquél en el que él sobresale. Teilhard sabía bien que él era ante todo un "físico", en el sentido amplio del término: "Yo no soy un filósofo ni un teólogo, sino un estudioso del "fenómeno", un físico en el viejo sentido griego".

CLAUDE DE TRESMONTANT.

Introduction à la pensée de Teilhard de Chardin.

Editions du Seuil. París, 1956.

LA ORIENTACIÓN DE LA ALQUIMIA HACIA LA INVESTIGACIÓN POSITIVA

Hacia el final del período medieval se constituye una escuela de apasionados investigadores. Es difícil juzgar si estos hombres fueron siempre sinceros y se guiaron por su fe en la experiencia. En la penumbra de la conciencia del medioevo, la magia de los alquimistas y la pasión de sus doctrinas secretas aparecen en las formas más extrañas. Hombres de gran erudición e intelectualmente honestos, que sacrifican todas sus posesiones y actividades a la investigación, ansiosos de traspasar el alto muro que circundaba la ciudadela alquimística, en la cual sólo las personas dotadas de cualidades superiores pueden penetrar; hombres alucinados que viven con la idea fija de que se puede obtener aquella famosa piedra filosofal guardada por un dragón enorme y que sólo puede alcanzar aquél que ha vencido todos los obstáculos; filósofos y mis-

ticos que se aproximan al problema con el uso de palabras secretas, complicados números, invocaciones y exorcismos; hombres prácticos que poseen la exacta noción de las maravillas sorprendentes que puede lograr la química y que al margen de las doctrinas y de los secretos, sólo esperan aferrarse a algún resultado práctico y útil; finalmente, charlatanes y embaucadores, cortesanos grandilocuentes, aventureros, eruditos, filósofos que discutían de química al azar y empíricos insignificantes que alardeaban de filósofos, todos éstos eran la muchedumbre de alquimistas que durante siglos pueblan las cortes y las antesalas, dominando la mente de los hombres gracias a la sugestión colectiva.

En la conciencia de cada adepto, de cada iniciado, el opus magnum que se prepara secretamente en retortas es análogo a la creación del cosmos: los alquimistas esperan el nuevo misterio de una creación que debe producirse en el atanor, un receptáculo de forma semejante a un huevo, como el mundo, el cual es un huevo gigantesco, el huevo primero, símbolo y fundamento de toda obra iniciadora. La creación se efectúa por medio de un soplo, análogo al soplo del Señor que según el Génesis, dió vida al mundo. En los libros de alquimia numerosas ilustraciones representan esta concepción. La alquimia es igual a una magia natural, porque en realidad trata de obtener su fuerza de la naturaleza y de su imitación. Este es el profundo significado del simbolismo de la alquimia, conservado en numerosas representaciones que según Grillot de Givry, que publicó una preciosa colección de estas imágenes embleáticas, han permanecido casi idénticas a través de los siglos. Sin embargo, al lado de estas representaciones fundamentales la iconografía alquímica contiene un poco de todo; el andrógino, el sol, la luna, el dragón, numerosos animales mágicos de dos cabezas, el grifón de cabeza de águila, las sirenas y las fuentes herméticas. Fórmulas extrañas e inexplicables, que hacen dudar de si sus autores las habían comprendido, hablan de las prácticas complicadas y difíciles y demuestran cómo los jeroglíficos constituyen una parte esencial de la alquimia y se encuentran grabados incluso sobre la puerta de las iglesias. La estatua de San Marcelo en la fachada principal de Notre Dame de París es un jeroglífico alquímico.

¿Cuáles son las prácticas del opus magnum que tienen lugar en el vaso filosófico, denominado "aludel", y colocado sobre el hogar atanor y que a menudo se confunde con éste? Las indicaciones de los autores son muy vagas y oscuras.

Antes que nada, el trabajo debe comenzar en un momento exacto, calculado por los astrólogos; de otra manera no se obtendría éxito. El tiempo necesario para la preparación de la piedra filosofal era, según algunos escritores, el de un año. Según otros, se requerían de siete a doce años. El primer paso era combinar sal, azufre y mercurio. Si el resultado era maravilloso la piedra servía no sólo para transmutar los metales, sino también para curar toda enfermedad.

Hacia fines del siglo XVII, desaparecen los alquimistas y astrólogos de la antigua escuela y se transforman en trascendentalistas, siempre perdidos en vagas especulaciones místicas. Los estudiosos de los problemas prácticos llevan a cabo en los laboratorios investigaciones que aclaran dificultades importantes, dando lugar a descubrimientos inesperados, abriendo nuevos horizontes a la ciencia. Así como la magia natural se había ido destacando de la concepción mágica, gracias a una segura intuición que atribuía a la obra de la naturaleza una serie de hechos calificados de mágicos, así como la astrología, se transforma lentamente en astronomía, en igual forma la alquimia inicia el camino para las investigaciones fundamentales de la química.

El desarrollo de la literatura alquimista desde 1600 a 1700 es enorme. Entre ellos J. B. Helmont (1578-1644) y H. Helvecio (1671-1727) sostienen la posibilidad de la transformación de los metales.

Hacia el fin del siglo XVIII la alquimia, o mejor dicho, la creencia en la posibilidad de la transformación de los metales innobles en oro, desaparece. La química hereda sus instrumentos y su técnica y absorbe algunas de sus ideas básicas.

Así, desde la antigua concepción egipcia de la alquimia como una ciencia y una pasión dirigida a descubrir el secreto del mundo, a las afirmaciones contenidas en los libros de los alquimistas del siglo XVIII, llenos de fórmulas extrañas y prescripciones complicadas, ocultando los fracasos para resolver con una "gran obra" el profundo misterio, la idea de la alquimia se cambia y se transforma con el tiempo, mediante la acción del pensamiento crítico y de la investigación científica. Poco a poco, la concepción básica de la misteriosa composición del universo se transforma en los estudios experimentales; las manifestaciones del deseo de prolongar la vida y curar la enfermedad por medio del elixir mágico y la piedra filosofal, toman otra orientación. Debido en parte a los estudios y a las agudas observaciones de Paracelso y de su

escuela, la alquimia se dirige en el laboratorio, de la investigación del arcanum a la del remedio útil secreto. Tal remedio, y esto se considera esencial, no deriva de fuerzas sobrenaturales, sino más bien de combinaciones químicas. La magia simpática encuentra un nuevo campo en los intentos para descubrir las analogías de la forma, color y aspectos de las plantas y los órganos humanos, de un lado, y con la enfermedad de otro. Esto conduce a un nuevo examen de las virtudes terapéuticas de las plantas, investigando cuidadosamente sus usos y regulando su aplicación. El alquimista se transforma en un investigador, en un biólogo y en un químico. De los laboratorios misteriosos, inmortalizados en las pinturas de los grandes artistas holandeses, emerge, en medio del sensacional anuncio del descubrimiento del remedio universal, una nueva idea universal y vivificadora: ésta es la de las relaciones químicas entre los órganos vivientes y el mundo inorgánico. El conocimiento de las fuerzas inherentes a la materia, que los antiguos consideraban justamente capaces de producir las transformaciones y los renacimientos, ha conducido a la ciencia moderna, no a la solución de los problemas examinados por los alquimistas, sino a un estudio más amplio y directo de las cuestiones que parecen ser el fundamento de la vida.

El hechizo fundamentalmente mágico de la vida y de la muerte, la intuición, fuertemente arraigada en la mente humana, de la creación y destrucción que se evidencian a través de los cambios químicos y de las transformaciones de las mismas sustancias, iniciaron a los antiguos alquimistas en su búsqueda de la piedra filosofal y a los científicos modernos en el secreto de los laboratorios que producen remedios, no soñados y sistemas para la total destrucción de la vida, como la bomba atómica.

La astrología y la alquimia constituyen dos grandes aventuras de la mente. En sus orígenes significan esfuerzos de evasión, intentos para escapar de la realidad con la ayuda de fuerzas misteriosas y desconocidas, cuyo papel en el desarrollo de la vida humana es escasamente vislumbrado. La astrología y la alquimia asumen todas las características de las prácticas mágicas, tales como la sugestión ejercida por personas u objetos, símbolos enigmáticos, secretos comunicados a unos pocos escogidos a través de ritos iniciadores, la garantía de la supervivencia y de la continuidad de la vida en otros seres, la promesa de poderes excepcionales. Los astrólogos y alquimistas de la antigüedad y de la Edad Media están diri-

gidos por la fe y por la esperanza de crear los medios de encontrar los caminos secretos que conducen a una vida mejor. Conseguir la protección de los astros, producir la piedra filosofal, descubrir la fuente de la juventud, la metamorfosis de los metales, la creación del homunculus, esto es, de la vida humana, son los fines ideales de los astrólogos y de los químicos.

Con el renacimiento de la física, el establecimiento de los experimentos, el predominio del razonamiento sobre la imaginación fantástica, la investigación se dirige por nuevos caminos, y en éste, como en otros campos, la primera intuición como el conocimiento inconsciente de las leyes biológicas del ciclo de la vida, o de la unidad entre las leyes del cosmos, o de la mutabilidad de la materia inmortal, de la conservación de la energía, prueba una vez más su justeza. La búsqueda del remedio contra todo mal dirige a la química hacia el descubrimiento de remedios que en otras épocas se habrían considerado como mágicos y a la creación artificial de la vida, mediante la fecundación artificial en el laboratorio. Muchos descubrimientos matemáticos y biológicos, que han producido una nueva orientación de la ciencia, derivan de la alquimia. La sugestión inconsciente origina una vasta obra de reconstrucción y reorganización en la cual las antiguas ciencias mágicas encuentran una nueva interpretación a la luz de la ciencia experimental.

ARTURO CASCTIGLIONI.

Encantamiento y magia.

Fondo de cultura económico, México.

METODOLOGÍA DEL ARTE

1. Objeto de la estética. — El lugar nos es escaso para decir con precisión qué dominio puede abarcar la Estética, concebida como ciencia distinta de la historia de la crítica y de la técnica. Se ha podido decir que "la Estética, en sentido estricto, reside en el conocimiento buscado por el gozo que deriva del hecho de conocer", aplicándose así "a todas las cosas conocibles y a todos los sujetos capaces de conocer desinteresadamente y de gozar de este conocimiento" (cf. Ed. De Bruyne, *Esquisse d'une philosophie de l'art*, Bruselas, 1930). Así la estética no se dirigiría sólo al arte,

sino también a la naturaleza y, de una manera general, a todas las modalidades de la belleza. Edgard De Bruyne, desarrolla su intuición sosteniendo que "una estética general deberá detenerse ante el gozo del matemático y (que) la metafísica deberá estudiar las modalidades del gozo puramente espiritual...". Nos parece que tal concepción es insostenible de hecho y de derecho. El dominio de la estética así concebida sería infinitamente más vasto. Es necesario considerar la estética como la filosofía del arte, y nada más. Aun es posible, en un sentido, distinguir la estética clásica de sus aplicaciones más recientes consideradas como la ciencia del arte. Kant ha dicho en una fórmula célebre: "La naturaleza es bella cuando tiene el aspecto del arte, y el arte no puede ser llamado bello sino cuando tenemos conciencia de que es arte y ofrece sin embargo la apariencia de la naturaleza". Por lo demás, Hegel dice más claramente todavía: "La belleza no aparece en la naturaleza sino como un reflejo de la belleza en el espíritu". Es necesario pues considerar la estética como el estudio específico del arte y no, en manera alguna, de la belleza natural. El analista de *El porvenir de la estética*, al tener que considerar el objeto y el método de una ciencia naciente, definía la estética como "la ciencia de las formas"; no se podría expresar mejor. Es necesario decir nuevamente con E. Souriau que la estética es al arte "como una ciencia teórica a la ciencia aplicada correspondiente".

2. **Métodos de la estética.** — Veamos también que la estética debe apartarse de la historia del arte con la que no puede mantener más que relaciones accidentales y secundarias. La perspectiva de la historia es cronológica, la de la estética es lógica: la historia del arte vuelve a colocar en su contexto las obras apartadas por la estética, de modo que la historia de los Bach importa al historiador de la música, pero entre Juan Cristián y Juan Sebastián, el esteta no verá ninguna diferencia fundamental. Teniendo esto presente, lo falso no interviene sino a título no esencial en un estudio estético: los falsos Vermeer eran los verdaderos Van Meegeren. Si el juicio que se podía sostener sobre ellos era estéticamente idéntico, la historia se rehusaba a asimilar los juicios que se podían sostener sobre los dos autores. Asimismo, toda la cuestión del método estético es saber si debe desprenderse de una crítica necesariamente judicativa, apreciativa, hasta axiológica. La estética no es necesaria-

mente normativa: la crítica lo es siempre. Aquí, el método difiere con el de los estetas. Para retomar la divertida comparación de *El porvenir de la estética*, sea un alfarero en su trabajo y frente a él dos grupos de estetas. Unos le aconsejan —Sócrates, Fechner—, los otros lo toman por tema teórico (Muller-Freienfels, Charles Lalo). "El alfarero generalmente, es necesario decirlo, no escucha. Piensa en su vasija". Boileau u Horacio harían más que aconsejarlo: ¡Le dictarían las leyes de su oficio! La Estética actual, al oscilar entre un método sociológico de un extremo relativismo, un análisis psicológico a menudo muy subjetivista, y una tendencia metafísica en que el dogmatismo es la tentación constante, debe dirigirse resueltamente —nos parece— hacia una concepción objetiva y experimental. El verdadero método de la estética, como el de toda ciencia, no es ser normativo sino positivo. Es necesario pues abandonar —y Gaetan Picon tiene razón al insistir en esta idea a lo largo de su notable *Introducción a una estética de la literatura*— esta confusión de la estética con la crítica, hasta con la filosofía, para considerarla en adelante como una ciencia: la ciencia del arte.

3. **Perspectivas.** — Mil objeciones se han hecho contra una ciencia del gusto, una filosofía del arte, una técnica de la sensibilidad. Ya no es tiempo de plantearnos aquí la cuestión de saber si la estética es posible. Creemos haber mostrado que efectivamente lo había sido para un gran número de filósofos y de sabios. Sin embargo queda de *gustibus non disputandum*. Hegel, en las treinta últimas páginas de su *Estética*, demuestra claramente que tal objeción no es posible.

Porque si no hay allí arte ni belleza, sino artes y cosas bellas tan variadas entre sí como sea posible, es bien evidente que la Estética no sería una ciencia; "lo que debe servir de base —decía Hegel— no es lo particular, no son las particularidades, los objetos, los fenómenos, etc, particulares, es la IDEA". "Debe considerarse no los objetos particulares calificados de bellos, sino lo Bello, decía Platón (*Hippias mayor*, 287). Por tanto, que la Estética no haya encontrado todavía un criterio absoluto de lo Bello en sí, esto no señala casi diferencia con la Lógica o la Ética; *pulchrum, vel verum index sul*, podría decirse. También Hegel tenía razón al decir: "Debemos comenzar por la idea de lo Bello... (pues) evitamos al mismo tiempo la dificultad, el embarazo, que podrían crearnos

la gran variedad, la infinita diversidad de los objetos que uno llama bellos". En suma, *de gustibus philosophandum*.

Que se comprenda bien que se trata mucho menos de la Belleza de un objeto en sí que de la reflexión sobre un objeto de una rara fealdad, como de un extremo esplendor. Hay verdaderamente algo de común al ánfora y a la catedral, al retablo y a la sonata, al dibujo animado y a la tragedia; es el momento de su elaboración. El objeto del arte no está nunca en sí: no es un objeto de estudios estéticos sino por y EN el espíritu.

El OBJETO de arte es ante todo EL SUJETO que lo piensa, que lo crea, que lo ejecuta, que lo contempla o que lo recuerda. El objeto de arte, como la Pintura de Leonardo, es una COSA MENTAL.

Pero, ¿cómo se puede RAZONAR sobre lo que es esencialmente SENTIMIENTO, vida, sueño, etc.? Hegel decía también: "Lo bello, al ser objeto de la imaginación, de la intuición, del sentimiento, no debería ser el objeto de una ciencia y no se prestaría a un tratamiento filosófico...". ¿Cómo —se diría— el sentimiento ha podido ser jamás el objeto de un estudio conceptual? El Artista es un afectivo puro, se contenta con gozar o gustar: le es imposible razonar. A muchos

buenos espíritus les parece que la Estética está dedicada a la esterilidad o a la facticidad, ya que el gran artista se deja llevar necesariamente por su "demonio" a la manera de Chateaubriand; el proceso de la creación, de la contemplación o de la interpretación, no puede más que revivirse y no explicarse. "Yo, decía Lamartine, no pienso jamás...". Habría mucho para decir contra esta ilusión. El artista medita más de lo que cree. Lejos de ser una producción gratuita, el sentimiento es capaz de razonamiento: existe una idea del sentimiento de la misma manera que de la inteligencia, una "abstracción sentimental", como un concepto representativo; la idea del sentimiento, esta forma estilizada, puede hacer del que siente el igual del que piensa.

Por lo demás, parece que hablar de arte no fuese de ningún modo serio; es éste un curioso prejuicio enraizado en más de un filósofo que retomaba voluntariamente por su cuenta la palabra de Valéry al decir sonriendo: "Todo lo que es estético es dudoso...". Pero el mismo autor ¿no decía de TODA la Filosofía que no era más que un "puro juego de ideas"? En verdad, la Filosofía del Arte es solidaria de todas las ramas de la Filosofía. Por lo tanto, mil y un metafísicos

se burlan de la Estética, por su falta de puntos de apoyo en lo Concreto. La moral se apoya en la Acción, la Lógica en la Ciencia; pero la Estética ¿no se apoya en el Arte? ¿No es semejante? Precisamente no, para muchos de esos grandes espíritus; el Arte sería todavía aun inconscientemente para ellos, esta actividad un poco vana, y en todo caso fútil, perdida para la ciudad. "Ser Artista, decía Joseph Prudhomme, no es un oficio". Pero ¿qué será esto de ser Esteta?

No es muy cierto que el siglo XVIII y una buena parte de los autores franceses del XIX han dejado una imagen poco halagadora de la Estética: muchos, al hablar de poesía, se creyeron obligados a ser líricos y han sido simplemente muy ridículos. Otros han querido ser conmovedores para describir el drama, graciosos para disertar sobre la Risa, punzantes para definir la Tragedia, o brillantes para tratar sobre lo Sublime. Era tomar el fondo por la forma. El peligro constante en estas materias, es la verborragia. La Estética no ha sucumbido demasiado a menudo a esas dos tentaciones de la facilidad y de lo facticio. Renunciando a esos estériles Discursos sobre lo bello en donde se terminaba siempre por decir, lo más tarde posible, que era la unidad en la diversidad, es tiempo de que la Estética tome otra orientación. El "tabú del Sillón" es aplicado desde mucho tiempo en Psicología: la Estética no puede ni debe quedar atrás; pues ella puede ser una ciencia; es una técnica; debe ser un oficio. Nadie dirá suficientemente el daño que han hecho a la Estética los snobs, los aficionados y los mundanos: aquí es necesario meditar la palabra de Bachelard: "Cuando se trata de escribir tonterías, será verdaderamente demasiado fácil hacer un libro voluminoso".

Frente al verbalismo del siglo XIX, el siglo XX se debe señalar un progreso o un cambio radical: le es necesario instaurar una Estética de Laboratorio. Porque no hay más que dos caminos para la Estética del presente: zozobrar en el Pathos o tornarse una Ciencia.

Si la Estética rehusa ser experimental, precisa y positiva, dejará de existir.

DENIS HUISMAN.

L'Esthétique.

Presses Universitaires de France.

Traducción de Haydee C. Blotto.

METAFÍSICA Y ÉTICA DEL TRABAJO

Es una verdad evidente para quienes se dedican a observar y estudiar los movimientos económicosociales, analizando sus causas y siguiendo su proceso, que muchas doctrinas y problemas contemporáneos tienen su origen en aquella notable transformación de la cultura y de las instituciones sociales que se conoce con el nombre de Revolución Industrial.

Comenzó ésta en Inglaterra en la primera mitad del siglo XVIII, y continúa aún en vías de rápido desarrollo.

La Revolución Industrial ha sido una de las crisis más profundas verificadas en el pensamiento y en la realidad económico-sociales hasta la hora presente.

La cuestión más debatida que apasionó a las partes interesadas, patronos y obreros, y fué constante motivo de polémica entre los pensadores fué el problema del trabajo, considerado exclusivamente desde el ángulo de su valor material intercambiable.

La economía política moderna, al valorar el trabajo con un criterio de estricto utilitarismo, lo despojó de su sentido espiritual y de su dignidad moral.

CONEXIÓN ÍNTIMA ENTRE LA MORALIDAD Y LA METAFÍSICA

Hay una conexión íntima entre la idea de moralidad y la posibilidad de la metafísica. La ética tiene necesidad vital de la metafísica como el árbol depende de la raíz que lo sustenta. ¿Puede el hombre conocer la verdad, es decir, alcanzar la adecuación del entendimiento con la realidad objetiva? Este problema central de la filosofía abarca toda la teoría del conocimiento.

Si mis conceptos no son sino vanas imágenes desvinculadas de la realidad empírica, mi actividad intelectual se agita en el vacío, desorientada e inerte. Toda construcción filosófica debe reconocer como fundamento indispensable la capacidad de la inteligencia, para conocer la verdad.

Pertenece a la escuela aristotélico-tomista el honor de haber afirmado siempre la posibilidad de la metafísica. El hombre, en el plano de su actividad mental, tiene por punto de partida la representación sensible del mundo exterior, a través de los sentidos.

Sin imágenes no hay conceptos, esa es la ley ineludible del conocimiento humano. La inteligencia opera sobre la imagen mediante un procedimiento que la vuelve inteligible; separa lo universal, abstrae lo concreto, cambia lo sensible, despojándolo de sus notas individuantes, y penetra el ser o esencia de las cosas materiales.

Una vez en posesión de las ideas, el espíritu realiza, por su propia virtud, una fecunda labor de análisis y llega por inducción o deducción al juicio y al raciocinio, apoderándose así de la realidad objetiva del universo, de la estructura inmaterial de las causas eficientes, de los fines y de las leyes.

El ser en cuanto ser, es el objeto de la metafísica; los fines y leyes del ser son del dominio de la ética. Al penetrar la esencia de los seres, la razón descubre en cada uno de ellos una finalidad a la cual están ordenados, una correspondencia directa entre el ser y el deber ser.

Por tal motivo, la razón, si bien encuentra en sí misma el principio superior y último del bien y del mal, es decir, la regla especulativa de la moral, en todo aquello que se refiere a la norma de obrar en una circunstancia determinada depende del ser en cuanto que éste siempre le manifiesta un deber ser, una tendencia, una finalidad proporcionada a su forma de ser. La ley moral es la expresión de la esencia de las cosas.

El árbitro de este imperativo ético no puede ser la propia razón librada a su exclusivo criterio porque ello sería constituir al hombre legislador absoluto de sí mismo. Para que este deber ser, se imponga en forma categórica, es preciso que sea la expresión de una voluntad suprema, es imprescindible elevarse hasta Dios, Creador y Ordenador de la Naturaleza.

EL ORDEN MORAL Y EL PROCESO HISTÓRICO

Puede objetarse que la vida humana tiene una particularísima estructura si se la considera desde el punto de vista de su devenir histórico, a través del cual surgen nuevas costumbres e instituciones, nuevos productos culturales.

El hombre, en efecto, vive dentro del proceso histórico y penetrado por él, mas, para conservar el orden moral, deberá respetar siempre las esencias de los seres y sus finalidades. Las circunstancias no cambian esta relación natural del ser con el deber ser, sino tan sólo la circunscriben y concretan. La moral se desenvuelve en la historia y bajo el imperio de causas históricas. Si establece en un momento dado una modificación en el

conjunto de los deberes humanos no es la moral, en sí misma, la causa de esa modificación sino las circunstancias en que los hombres actúan.

¿Podían, acaso, los antiguos romanos poseer la concepción amplia de la humanidad que poseemos en los tiempos modernos? Nadie dirá, sin embargo, que la inteligencia de la ciudad dominadora del mundo entonces conocido, fuese radicalmente inferior a la nuestra. El concepto amplio de la humanidad no fué posible en Roma porque era incompatible con la naturaleza de la ciudad romana. Si después ha hecho su aparición, no ha sido a consecuencia de descubrimientos filosóficos; nuestro espíritu no descubrió verdades que antes desconocía, sino simplemente se produjeron cambios en la estructura de las sociedades que hicieron necesaria esa variación en las costumbres. La historia toda, la historia tomada en su conjunto, es un conocer en función del presente, un saber para la práctica, una toma de conciencia llamada a guiarnos en forma preceptiva.

LA MORAL ES UNA CIENCIA

Estamos en condiciones de definir qué es la moral, la ética.

La moral es la ciencia natural que fija las reglas ideales de los actos humanos, en cuanto son conformes a la recta razón, la única capaz de ver la proporción de medios a fin, que existe en todo acto humano.

La ética así entendida es una ciencia, porque forma un conjunto lógicamente coherente de conclusiones y leyes deducidas de principios evidentes y de hechos de experiencia ciertos. Es una ciencia no experimental sin duda, sino práctica, normativa, que enseña no precisamente lo que el hombre hace, sino lo que debe hacer. Sus leyes no expresan simples relaciones de coexistencia o de causalidad, sino, más bien, relaciones de medio a fin, asimismo necesarias, universales e interesantes para el entendimiento finalista del hombre.

"Todos los seres tienen sus leyes, afirma Montesquieu. La divinidad tiene sus leyes, el mundo material tiene sus leyes, las inteligencias superiores al hombre tienen sus leyes la bestia tiene sus leyes, el hombre tiene sus leyes". En las fibras más íntimas de nuestro ser, vive tan enraizada la ley moral, que para desembarazarnos de ella sería preciso poder despojarnos de nosotros mismos.

La obligación que ella implica no es de orden material. "Podría compararse la necesidad física, dice D'Hulst, a una fuerte

barrera de hierro o madera; mientras está echada, no la podemos cruzar; si pasamos al lado opuesto, es que la hemos derribado o destrozado. El deber, la obligación moral, es también una barrera, pero una barrera de luz; podemos cruzarla como se cruza un rayo de sol. La línea luminosa nos señala claramente el límite que no hay que traspasar; si la saltamos nos deja pasar, pero detrás de nosotros se vuelve a cerrar y continúa marcando una frontera de luz entre el bien y el mal".

Si quisiéramos concretar la ley moral, reducirla a sus elementos más simples, la fórmula sería esta: **el hombre debe siempre y en todas partes, vivir racionalmente.**

Todo ser debe obrar en conformidad con su naturaleza. El hombre es un compuesto de dos principios constitutivos esenciales: cuerpo y alma "ángel y bestia" como decía Pascal o, como graciosamente decía De Maistre: "yo y el otro". Pero como lo racional es el principio específico de nuestra naturaleza humana, todos nuestros actos para ser morales y tener realmente valor humano, deben ser fiscalizados por la razón, estarle subordinados, llevar impreso su sello de jerarquía inconfundible.

FINALIDAD MORAL DEL TRABAJO

De toda esta doctrina se deduce, como conclusión ineluctable, alto, pues ellos lo vinculan a la racionalidad y lo elevan a un en consecuencia, el trabajo, deben estar supeditados a finalidades superiores, a un orden racional, vale decir, a los principios normativos de la ética.

Inteligencia, voluntad, sensibilidad, todas las potencias superiores e inferiores y las energías físicas, han sido dadas al hombre para que, por medio de ellas, provea a su propia conservación y perfeccionamiento. La necesidad natural determina la obligación moral; tal es la regla de conocimiento y de conducta que no podemos eludir sin quebrantar la ley fundamental de la naturaleza.

La finalidad moral del trabajo se deduce también de las condiciones de la vida humana sometida a la convivencia social.

La condición social del hombre demuestra que el trabajo debe estar ordenado al bien común. La sociedad tiene el deber de respetar siempre los derechos inalienables que posee la persona humana en todo lo que concierne a sus actividades, pero esos derechos no deben perturbar los de la sociedad sino coordinarse con ellos.

El orden establecido por la naturaleza exige que el trabajo individual sea un elemento integrante del organismo social y se ejerza tanto en interés del todo como de las partes. La sociedad humana está así organizada como una gran comunidad de trabajo y el trabajo individual como una función social.

DIGNIDAD DEL TRABAJO

Los contenidos morales del trabajo constituyen su valor más alto, pues ellos lo vinculan a la racionalidad y lo elevan a un nivel plenamente humano. Despojada de sus valores éticos, la actividad del hombre quedaría reducida a un simple mecanismo o a una subalterna función instintiva. Sólo la irrupción del espíritu comunica al trabajo su verdadero sentido y nos descubre su formal estructura y su trascendencia.

Esta condición racional y espiritual del trabajo, ya sea éste meramente especulativo o encaminado al dominio de la naturaleza, es la nota peculiar y distintiva de la actividad del hombre. El hacer especulativo y el técnico no pueden ser considerados como independientes hasta el punto de separar de raíz civilización y cultura. Ambos radican y se confunden en la conciencia. Tanto en el orden de la especulación superior como en el de la técnica, la razón no puede prescindir del ser y el deber ser correlativo, pues sólo es trabajo humano la acción orientada hacia un fin.

Razón y libre albedrío que tienden a fines determinados diferencian específicamente al hombre de los animales inferiores, que obran por instinto y por necesidad, impulsados en una sola dirección.

Esta impronta inconfundible de la actividad humana presta relevancia espiritual no sólo a la actividad en sí misma, sino también al producto del trabajo, que viene a ser como el reflejo de la inteligencia del hombre, la emanación de su voluntad, la prolongación de su personalidad. El olvido de los valores morales, el abandono de la metafísica y de los postulados éticos de la razón han producido la desarmonía social. La primacía de los intereses materiales es germen de perturbación porque los espíritus no están unidos en las ideas superiores.

El retorno al espíritu, a los valores morales es imprescindible para lograr la paz social; sólo ellos poseen las cualidades que corresponden a las tendencias esenciales del hombre.

SALARIO Y LIBERTAD — LA PRODUCCIÓN

Para que el trabajo responda a su finalidad moral y se desarrolle en un clima de libertad y dignidad, es preciso que el trabajador obtenga una remuneración justa.

Vivir no es sólo tener el pan necesario para reparar las fuerzas perdidas, tener una cama para tomar en ella el descanso que conforte después de la fatiga, disponer, para cubrirse, de un honesto vestido, conforme a su clase y condición. Vivir es más que todo eso: es poder disfrutar de los goces legítimos de la existencia, es aspirar a mejorar la propia posición, es prever el porvenir, poseyendo la seguridad del mañana mediante un ahorro razonable. El obrero tiene derecho a formar un hogar, a ver en él a su esposa y a sus hijos... Vivir es amarlos, es alimentarlos, es criar a los hijos, fuertes de cuerpo y valientes de alma.

Para esa existencia digna, el obrero no tiene sino su trabajo. Por lo tanto, el trabajo debe proporcionárselo mediante el justo salario. Es una verdad de orden común que uno de los factores determinantes del salario justo y de la prosperidad en toda economía bien organizada, es la producción.

“Podemos representarnos todos los bienes que constituyen una economía, dice Adolfo Weber, como un depósito provisto de cinco orificios de descarga que son: primero, los salarios; segundo, los intereses del capital; tercero, la prima de riesgo; cuarto, los dividendos y quinto, la remuneración del jefe de industria”. ¿Cuál es el verdadero origen de los salarios? Evidentemente no lo es el capital social, pues sería absurdo que el capitalista, además de adquirir maquinarias y materias primas indispensables, tuviera que repartir parte del capital entre los obreros.

El verdadero origen de los salarios está constituido por los gastos de los consumidores que cambian sus disponibilidades, es decir, su dinero, por los bienes producidos por la economía. El volumen de los salarios percibidos por los obreros depende del total de los gastos de consumo. Estos gastos de consumo que no son sino la materialización de la capacidad de compra, dependen, a su vez, de la cantidad de bienes de que disponen los consumidores para cambiarlos en el mercado. Y esta cantidad, en fin, depende de la intensidad del trabajo, de la producción.

Es necesario, por consiguiente, intensificar la producción; es indispensable que el obrero tenga amor al trabajo, se compenetre de los valores éticos de la altísima misión que le ha sido encomendada dentro de la sociedad en que vive.

PREVISIÓN Y ASISTENCIA SOCIAL

Pero para que el obrero sea libre y no esclavo, en lo que al trabajo se refiere el objetivo del Estado debe ser estructurar no sólo el mejoramiento de las condiciones de trabajo, sino también los beneficios de la previsión social y de la asistencia social, sin las cuales, como ahora universalmente se reconoce, la organización económica sería fragmentaria e ineficaz.

La previsión y asistencia social ocupan un lugar de preferencia en los estudios de los estadistas, sociólogos y economistas.

El 14 de agosto de 1941, Estados Unidos y Gran Bretaña dan a conocer su famosa declaración conjunta conocida con el nombre de "Carta del Atlántico".

Este documento, después de analizar las cuestiones referentes a la política internacional, pasa a consideraciones de carácter social, reconociendo la necesidad de mejorar las normas del trabajo y de prosperidad económica y social en forma tal que permita a todos los hombres del mundo, una vida libre de temores y necesidades.

Un año después, el 20 de noviembre de 1942, fué presentado al Parlamento británico el famoso Plan Beveridge, sistema que concede, a cambio de satisfacer determinada contribución, beneficios destinados a cubrir las necesidades mínimas.

En Estados Unidos se ha intensificado también en estos últimos años, el estudio de los problemas sobre previsión y asistencia social. La Social Security Board y la National Resources Planning Board tienen a su cargo, principalmente esta tarea. En Canadá existe un comité dedicado al estudio de un plan completo de asistencia social y cuya labor realizada es de gran extensión y amplitud.

Informes, planes y estudios; conferencias del trabajo y de seguridad social ponen de manifiesto la singular importancia mundialmente adquirida por este problema.

La bibliografía consagrada al tema es también abundante y variada. La Editorial Fondo de Cultura Económica ha publicado la primera traducción en español de la obra de un economista, Allan G. B. Fisher, titulada "Progreso Económico y Seguridad Social". Obra escrita en 1944, descubre de primera intención algunos rasgos evidentes de la situación histórica y psicológica del autor. Sus conclusiones son valiosas y permiten al lector establecer una comparación mental entre las especulaciones de 1944 y las realidades de 1956. El marco se ha modificado inevitablemente en algunos detalles, pero la importancia

fundamental de la tesis presentada por Fisher permanece inalterable.

En lo referente a la previsión y asistencia social, que es lo que concierne a nuestro propósito, afirma Fisher que la demanda de ellas es ahora mucho mayor que antes. Para demostrar esta afirmación cita una extensa serie de declaraciones oficiales que sitúan la previsión y asistencia social al frente del programa del mundo de la postguerra. El más importante y autorizado es el artículo V de la Carta del Atlántico, a la que hicimos referencia anteriormente. Mr. Ernest Bevin, añade el autor, fué todavía más lejos al sugerir que "debemos considerar la previsión y asistencia social como la razón de nuestra vida nacional", mientras que a su vez, Mr. Eden también ha declarado que "la previsión y asistencia social deben ser el objeto primordial de nuestra política doméstica después de la guerra". Mr. Benes también atribuye "una mayor importancia a la previsión y asistencia social para todos los miembros de la nación que al comercio internacional y al acceso de todas las naciones a los recursos de las materias primas". Algo más elaborada y al mismo tiempo más cauta es la opinión de mister Edward Phelan, ex director de la Oficina Internacional del Trabajo, que sugiere "que el fin de la política futura debe ser asegurar para cada individuo no sólo un mejoramiento de las condiciones del trabajo, sino también una seguridad económica sin la cual, como ahora se reconoce no será posible alcanzar una justicia social con resultados satisfactorios".

Con profusión de argumentos, demuestra luego el autor, la relación sustancial existente entre seguridad social y evolución en la estructura económica, causa eficiente esta última, de una economía en constante desarrollo. Y es este, sin lugar a dudas, el ideal de la hora presente en materia de seguridad social: una economía genuina y racional de recursos y valores humanos que según la declaración de la Primera Conferencia Interamericana de Seguridad Social, conserve y vigorice la energía física y moral de la generación activa, prepare el camino para las futuras generaciones y mantenga la generación que ha sido relevada de la vida productiva.

En uno de los últimos capítulos de la obra estudia el autor las relaciones económicas internacionales y el Seguro Social. "En todos los países, afirma, el financiamiento de los programas de Seguridad Social se ha realizado acudiendo cada vez más en mayor medida a los impuestos generales". Las contribuciones de los patronos a los fondos del Seguro Social, añade, no deben

incidir en los costos de producción ni en los precios del comercio internacional; la mejor manera de lograrlo es obligar a los contribuyentes a aportar su parte en forma que haga muy difícil el proceso de "echar la carga sobre otro". Los impuestos directos sobre la renta son los que llenan este requisito más satisfactoriamente, aunque no puede decirse que sea imposible retirar el hombro.

L. T. Hobhouse, expositor del liberalismo en el siglo pasado y ex profesor de Sociología en la Universidad de Londres, adelantándose a su tiempo, señala que la mejor manera de organizar la asistencia social consistiría en una serie de medidas armonizadas de carácter fiscal industrial y social, que produjeran un aumento en la riqueza pública disponible para la sociedad, la cual serviría para asegurar la independencia económica de todos. Para demostrar la verdad de esta afirmación, dice que la riqueza posee una base tan social como personal. Algunas formas de riqueza, como la valoración de las propiedades raíces por el progreso de los radios urbanos o por otras circunstancias en que no interviene la acción del propietario, son obra sustancial de la sociedad. Otras muchas formas de gran riqueza se basan en operaciones financieras y especulativas, a menudo de tendencias característicamente antisociales.

"El afortunado hombre de negocios que piensa haber hecho su fortuna con su exclusivo esfuerzo, apunta Hobhouse al desarrollar su pensamiento acerca de la base social de la riqueza, no se detiene a considerar si hubiera podido dar un solo paso en sus negocios y en sus éxitos, si no hubiera sido por la tranquilidad y orden que facilitaron el desarrollo comercial, la seguridad de los transportes terrestres y marítimos, los obreros educados en el trabajo industrial y el caudal de inteligencia que la sociedad ha puesto a su disposición, la demanda normal de los artículos de su producción, creada por el progreso general del mundo, los inventos que utiliza como instrumento de avance, producidos por el esfuerzo de generaciones de hombres de ciencia y de organizaciones industriales. Si medita sobre el origen de su fortuna, habrá de reconocer que así como la sociedad es la que mantiene y garantiza su propiedad, así debe ser también un copartícipe en su creación originaria".

Toda esta demostración está encaminada a evidenciar la necesidad de la reforma tributaria como la base de un sistema de pensiones, haciendo evolucionar dicha reforma desde la riqueza que depende exclusivamente de la acción privada a la

que es obra del progreso colectivo, con el fin de recuperar así, gradualmente, la propiedad del fruto del trabajo común.

La doctrina que hemos expuesto puede sintetizarse en la siguiente forma: El trabajo pertenece de lleno al dominio de la ética y es dignificado por ella; el trabajo debe obtener una remuneración justa y organizarse dentro de un sistema humano de previsión y asistencia social, de manera que permita al trabajador, manual o intelectual, vivir con la dignidad y libertad propia del hombre; el trabajo debe ser productivo porque existe una relación directa entre la producción y el monto de la remuneración; la producción intensiva sólo puede lograrse mediante la compenetración de los valores éticos del trabajo, mediante el amor al trabajo.

ENRIQUE BONFANTI.

LA COMPLEJIDAD DE LOS ÁTOMOS

Los seis decenios que nos separan del descubrimiento de los rayos X señalan una era de admirable fecundidad en la exploración del mundo físico. Con un ritmo realmente vertiginoso se revelaron nuevos fenómenos, no sólo desconocidos e imprevistos, sino incluso en parte inconcebibles en el marco conceptual de la ciencia del pasado. Muchos de estos fenómenos —quizá los más sorprendentes— están centrados sobre la íntima estructura del átomo. Idea filosófica con Demócrito, hipótesis química con Dalton, el átomo fué convertido tan sólo en nuestro siglo en indiscutible realidad física. En su pasaje de la hipótesis al hecho el átomo ha perdido, sin embargo, casi todas las características que la filosofía democritiana o la ciencia daltoniana habían atribuido a los últimos constituyentes de la materia. No es una esferilla homogénea, sino un mecanismo complejo; tampoco es una bolita llena y dura, sino una configuración asombrosamente vacía, estando la casi totalidad de su masa concentrada en el núcleo, cuyo diámetro —grosso modo— es 100.000 veces más reducido que el del átomo mismo. Además, los átomos han dejado de ser insecables; hemos logrado desintegrarlos y, más aún, en las sustancias radiactivas se desintegran ellos mismos en el curso de espontáneas explosiones. Desde luego, tampoco son estructuras eternas; ciertos átomos como los del radium C' son inestables a tal grado que sólo alcanzan como vida media una

fracción infinitesimal de segundo. Lejos de ser, como creía Dalton, glóbulos inertes, encierran en sus núcleos prodigiosas cantidades de energía. Jamás la imaginación habría podido prever lo que el experimento ha logrado revelar. La exploración del interior del átomo, el descenso desde la escala humana —dominio esencial de la ciencia clásica— a la escala atómica y subatómica, donde incluso los cardinales conceptos macroscópicos: espacio, tiempo, objeto, pierden su aplicabilidad, es uno de los más espectaculares éxitos de la ciencia del siglo XX.

DESIDERIO PAPP.
Qué es el átomo.
Ed. Columba, Bs. As.

LA MAGIA EN OCCIDENTE

No es inútil indicar la definición de magia que adoptaremos, en razón de las múltiples interpretaciones que se ha dado a este término. Para H. Hubert y Mauss¹, es "todo rito que no forma parte de un culto organizado, rito privado, secreto, misterioso, y que limita con el rito prohibido". Van Gennep² ve en la magia "el ritual de los que no pertenecen a la iglesia oficial del tiempo y del lugar considerados".

Para el doctor Maxwell³, es "la expresión de una voluntad fuerte, afirmada en cada detalle del ritual, que tiende a subyugar a seres sobrenaturales o al dominio de las fuerzas naturales ordinariamente sustraídas al imperio del hombre".

L. Gardette⁴, la define "como el arte de producir fenómenos maravillosos o de producir efectos mediante causas desproporcionadas, con un auxilio diferente al de Dios".

Estas últimas definiciones responden bien a la actual concepción de la magia, pero se observará que ésta pierde su exactitud a medida que se remonta más en el pasado.

1. Teoría General de Magia, Año Sociológico, París, VII (1902-1903), página 19.

2. Mercurio de Francia, 15 de abril de 1924, pág. 496.

3. La Magia, París, 1929, pág. 10.

4. Diccionario de Teología Católica, artículo Magia.

Quien desee estudiar la magia en general, recurrirá constantemente a A. Caillet: *Manual bibliográfico de ciencias psíquicas y ocultas*; París (Dorbon), 1912, 3 volúmenes.

La obra está puesta al día hasta 1910-12 y casi evita recurrir a las bibliografías anteriores, aunque una de ellas sin embargo, puede prestar todavía grandes servicios: Ives Plessis: *Ensayo de una bibliografía francesa, metódica y crítica, de la hechicería y de la posesión demoníaca*, París (Chacornac), 1900.

La bibliografía de Caillet trata sucesivamente la magia en general, la hechicería, los talismanes y amuletos, el maleficio, la adivinación, la astrología, la alquimia, el magnetismo animal, el magnetismo personal; es, pues, capital para un estudio de la evolución de la magia, pero resulta insuficiente debido a su especialización sobre la magia oriental. Mientras la de Egipto es objeto de 75 fichas, aproximadamente, la de Caldea, reúne solamente cinco nombres. La bibliografía de nuestro volumen podrá por lo tanto completar el texto de Caillet sobre ese punto determinado.

Hay numerosas historias de la magia, P. Christian (Pitois): *Historia de la magia*, París (Furne) 1870. A. Maury: *La magia y la astrología en la Antigüedad y en la Edad Media*, París (Didier), 1877. Esta historia, aunque ya antigua, todavía es muy recomendable; contiene numerosas referencias y aprovecha bien los documentos empleados. Se agregarán, J. Maxwell: *La magia*, París (Flammarion), 1929, que trata primero la evolución de las doctrinas, las explica y se recomienda por sus opiniones personales.

Entre las obras originales de los ocultistas de nuestro tiempo citaremos: Eliphas Lévi (Pseudónimo del abate A. L. Constant, 1816-1875), autor de una filosofía oculta, París (Baillière), 6 volúmenes, 1860-1865; Saint Yves d'Alveydre (1842-1909), que escribió una *Misión de los Judíos*, París (Calmann-Lévy), 1884, (estudio sobre la Magia y la Cábala); Stanislas de Guaita (1860-1897), *Ensayo de ciencia maldita. I. En el umbral del misterio*, París (Chamuel), 1895. II. *La serpiente del Génesis. I* (Idem) 1891, II, 1897. Sobre Stanislas de Guaita se podrá leer: Maurice Barré, *Un renovador del ocultismo*. Stanislas de Guaita, París (Chamuel) 1898. Por último las obras de Papus (Pseudónimo del Dr. G. Encausse): *La Cábala*, París (G. Carré), 1892; *La Cábala*. París (Chacornac), 1903; *Tratado elemental de Magia práctica*, París (Chacornac), 1906. Se agregarán los variados estudios de Saint Yves y L. Trintzius; de A. Van Gennep, *Los ritos de pasajes*, París (E.

Nourry), 1909. Del mismo autor, su *Manual de folklore francés contemporáneo*, Tomos III y IV, París (A. Picard), 1937-1938.

Estos diferentes nombres juntamente con las referencias dadas en el texto, conducirán a lo esencial.

Los numerosos estudios consagrados a la magia han concluido afirmando que sus conexiones son estrechas con la religión y que su principio tampoco difiere en sí mismo del moderno principio científico de la energía. Esta afinidad con la ciencia naciente ha sido muy valorada por Lynn Thorndike en su historia de la magia.

Si la magia puede ser confundida con la religión entre los no civilizados y en algunos pueblos de la remota antigüedad, en cambio desde que se conoce el progreso ambas se separan, más o menos, pues como lo ha señalado muy bien J. Böhme, la magia no es en sí más que una voluntad, y esta voluntad es el gran misterio de toda maravilla y de todo secreto; ella actúa por el apetito de deseo en el ser. Así se repite que si la religión pide y ruega, la magia domina y ordena; es la expresión de una voluntad, un procedimiento de constreñimiento. Contribuye aún, a separar una de otra la cualidad de sus actos; mientras la magia persigue fines que la religión no reprueba, puede permanecer integrándola, o al menos aproximarse; cuando su finalidad se hace reprensible, se separa totalmente de la religión.

La palabra magia, proviene del griego *mageia* y del latín *magia*, términos que deben su origen al nombre de los sacerdotes persas, los magos (*magi*), a quienes los antiguos atribuían la enseñanza de las prácticas mágicas, en que llegaron a ser maestros; esas prácticas eran para los griegos y los latinos, la obra de los sacerdotes orientales.

Al mismo tiempo, esto nos enseña el origen que los antiguos atribuían a la magia, muy acreditada entre ellos. Como veremos, este origen es, en efecto oriental, pero menos limitado de lo que haría suponer el nombre de "magos".

Disminución del dominio de la magia. — Considerada en conjunto, constatamos que el dominio de la magia se estrecha cada vez más y que cada descubrimiento le arrebató un poco de sus posesiones para integrar el de la ciencia.

En efecto, numerosos fenómenos que parecían maravillosos, son de realización corriente gracias a los progresos y a las realizaciones de la técnica.

¿Qué medios de información poseían los antiguos sobre el resultado de un viaje lejano o sobre la salud de quien lo había emprendido? Recurrir a una de las mánticas cuya respuesta sólo tenía el carácter de certidumbre que quería atribuírsele en el momento y cuya veracidad sólo era verificable mucho tiempo después. Hoy, un doble cablegrama, en un mínimo de tiempo, cambiaría pregunta y respuesta con seguridad absoluta.

La alfombra voladora de las Mil y Una Noches no existe ya, pero el avión es una de sus variantes cuya rapidez no ha pronunciado su última palabra; poco a poco hemos asistido, con los ensayos de los primeros aviones, a los progresos realizados en velocidad; el resultado actual no nos sorprende. Pero, ¿qué habrían pensado nuestros antepasados del siglo XV, si de pronto hubieran tenido la revelación de un avión en pleno vuelo y hubieran conocido su rapidez?

Para ellos el fenómeno hubiera sido perfectamente mágico y pertenece actualmente al dominio de la ciencia. Nosotros mismos hemos sido testigos de una fase intermedia de anticipación, que permite prever el paso del fenómeno mágico en los hechos que surgen de la ciencia; muchas invenciones de Julio Verne son ahora realidad. ¿Quién sabe si las obras de Wells para algunos no tienen el mismo valor que reconocerán nuestros nietos? Los experimentos sobre ocultismo tienden a explicar fenómenos en apariencia inexplicables. La ciencia ataca lo maravilloso por todas partes; si es verdad que así solamente haciendo esto, no podemos sino alejar los límites de la posición del problema, al menos reducimos el dominio de lo desconocido. También parece poco conveniente definir la magia, como se ha hecho a veces, una ciencia frustrada. Habría que decir que es una preciencia, como la adivinación, que es parte de ella; es una etapa en el camino de la clasificación de los conocimientos.

El valor de la magia. — En este punto de nuestra exposición se formula una pregunta: ¿Qué valor verdadero atribuiremos a la magia? ¿Qué realidad puede constatarse en sus resultados? Resumen este aspecto, múltiples respuestas a esta pregunta. Para unos, los resultados que se atribuyen a la magia tienen una realidad indiscutible; están fuera de toda discusión. Esta respuesta está impregnada de un máximo de optimismo, y en general no satisfaría. En tal encuesta la duda es de rigor; todas las relaciones de hechos mágicos no pueden constituir pruebas; se necesitarían tantas comprobaciones co-